Estudios de literatura clásica griega



# LA ANTÍGONA
## DE SÓFOCLES

# LA APOLOGÍA DE SÓCRATES
primera traducción directa del griego

# LAS POETISAS DE LESBOS

PRECIO:
Para los suscritores: 1 peseta.
Para el público: 1,50 pesetas.

Tomos publicados de la segunda série:

—

11.—I. *Sociedades cooperativas*, por el Excelentísimo Sr. D. Ramón Pedregal y Cañedo, exministro de Hacienda.

12.—II. *Leyendas y tradiciones*, por el Sr. don Eugenio Olavarría y Huarte, exprofesor de la Academia militar.

13.—III. *Economía política para principiantes*, por Mrs. Fawcett, traducción directa del inglés, por S. Innerarity, con un prólogo del Ilmo. Sr. D. Gumersindo de Azcárate, diputado y catedrático de la Universidad central.

14.—IV. *Filipinas*, noticias de viaje y estancia, por el malogrado regente de la Audiencia de Manila, Ilmo. Sr. D. José Fernández Ginér, con un prefacio del Excmo. Sr. D. Luis de Rute, diputado é ingeniero.

15.—V. *Economía política para principiantes*. (Tomo II y último.)

BIBLIOTECA ANDALUZA

2.ª SÉRIE. — TOMO VI. — VOLUMEN 16

# LA ANTÍGONA
## DE SÓFOCLES
# LA APOLOGÍA DE SÓCRATES
## LAS POETISAS DE LESBOS

POR

**D. ANTONIO G. GARBIN**

*catedrático de literatura en la Universidad de Granada*

MADRID
ADMINISTRACIÓN, OBÉLISCO, 8.

Madrid: 1889.—Juan Iniesta impresor.—Mendizábal, 22.

# SÓFOCLES

## Y SU TRAGEDIA «ANTÍGONA»

Brilló el genio de Sófocles en la época de Pericles, memorable período de la Historia política de la Grecia, caracterizado por el desenvolvimiento completo del poder ateniense, y por haber llegado á su punto culminante la civilización helénica, centralizada en la famosa capital del Atica. Las artes, las letras y la política ocupaban todos los espíritus, no teniendo la raza griega ojos más que para contemplarse á sí misma: en la escena tomaba por argumento sus propios hechos; en los pórticos y en los templos esculpía ó pintaba sus victorias; en la Historia escribía el relato de sus luchas, de sus progresos y de sus reveses y

contrariedades; dictaba, en fin, reglas severas de conducta con varonil elocuencia en la tribuna; y arrojaba los primeros fecundos gérmenes de su ciencia en las escuelas de los sofistas. Todas las manifestaciones del pensamiento concordaban con el carácter de aquel grandioso siglo de Pericles y de la guerra peloponésica: la historia, la elocuencia, la ciencia metódica y administrativa, la comedia política aristofánica, la alta tragedia de Sófocles (1).

---

(1) Sófocles nació cinco siglos antes de nuestra Era. El año preciso de su nacimiento ha sido discutido prolijamente por los eruditos y escoliastas antiguos y modernos. La opinión más probable es la del comentador griego que fija su nacimiento en el año 2.º de la olimpiada LXXI, ó sea en el 495 a. de C., fecha que marcan con un año de anterioridad los Mármoles de Paros. Sófocles, Esquilo y Eurípides forman la famosa triada de escritores trágicos, que dió esplendorosa gloria á la escena ateniense en la memorable edad de oro de las letras helénicas. La tradición se ha complacido en asociar los nombres de estos tres grandes genios de la Grecia al recuerdo de uno de los hechos más gloriosos en la historia de su patria: la batalla famosa de Salamina, que se dió en 480. Esquilo, contaban que combatió con valor en las filas de los defensores de Atenas; de Sófocles decíase que, después del triunfo, fué elegido por su gallardía y hermosura para ser el corifeo de los

Fueron, en efecto, aplaudidas por todo extremo las trilogias y composiciones teatrales del ilustre trágico ateniense, habiendo alcanzado numerosos triunfos en los *agones* ó certámenes dramáticos: veinte veces se llevó el primer premio; en multitud de ocasiones obtuvo el segundo lugar; jamás el tercero. En cambio, el poeta pagaba á su patria la gloria que ésta le otorgaba, con una pasión ferviente: no habiéndole podido arrancar de su amada ciudad natal las ofertas ni las dádivas de opulentos príncipes extranjeros (1).

---

adolescentes que, en cívica procesión, habían de cantar, con la lira en la mano, el himno de victoria; y de Eurípides que vió la primera luz en el momento mismo del combate, y en la isla misma de Salamina. Esta tradición confirma y nos da como muy probable y verosímil la fecha señalada por los biógrafos al nacimiento de nuestro poeta.

La muerte de Sófocles ocurrió, bajo el arcontado de Kallias, en el año 3.º de la olimpiada LXXXXIII, ó sea en el 406 a. de nuestra Era, poco tiempo después de la muerte de Eurípides y un año antes de la toma de Atenas por Lisandro.

(1) El pueblo natal de Sófocles fué Colóno, *demo* ó caserío situado á las puertas de Atenas. Según la opinión más admitida era descendiente de una ilustre familia, que le proporcionó una educación brillante. Tuvo por maestro de música á Lampros.

Los atenienses llevaron su admiración por este insigne poeta trágico hasta el punto de haberle elegido *strategos* (después de su magnífico triunfo con la representación de la *Antígona)*, para que acompañara, en calidad de colega, al ínclito general y estadista Pericles en una expedición contra la aristocracia insurreccionada de Samos.

Compuso ciento veinte y dos piezas, de las cuales veinte ó veinte y dos eran dramas satíricos (1). De todo este precioso repertorio de Sófocles sólo han llegado á nosotros, además de la hermosa tragedia mencionada, cuya versión en lengua castellana damos á luz después de este lijero apunte biográfico,—las intituladas *Electra*, *Las Traquinianas, Edipo rey*, *Ayax furioso*, *Filoctétes*, y el *Edipo en Colono*, todas ellas puestas en escena después de la *Antígona;* por consiguiente, si aceptamos los cómputos de los eruditos, que fijan el ruidoso estreno de este bellísimo drama entre los años 3.º de la Olimp. LXXII y el 1.º de la siguiente, debió escribirla Sófocles á los cincuenta y

(1) La crónica de S. Jerónimo nos indica que hizo su *debut* en la escena en el año 1.º de la olimpiada LXXVII; según los Mármoles de Paros, en el año 4.º bajo el arconta Apsefión.

tantos años de su vida: es decir, cuando se hallaba en toda la fuerza de su genio, el cual se conservó espléndido y vigoroso hasta edad muy avanzada, pues el mayor número de las grandes obras maestras de este poeta, que han llegado hasta nosotros, fueron escritas, según hemos dicho, después de la *Antígona*. Baste recordar á este propósito el célebre litigio que se vió precisado á sostener en su ancianidad con un hijo suyo llamado Yophón: incidente bastante curioso para que no lo pasemos en silencio. Sófocles había contraído dos veces matrimonio. De su primera mujer, una ateniense llamada Nicóstrata, tuvo el antedicho hijo Yophón; de la segunda, una sicionense de nombre Theoris, por la que sintió un profundo amor, tuvo un hijo Aríston, padre de Sófocles el menor. Parece que el gran poeta, ya muy anciano, se proponía dejar al hijo de su segunda esposa la mayor parte de su hacienda: y, con tal motivo, se querelló el de la primera haciendo comparecer á su ilustre padre ante el tribunal de su *phratria*, alegando que no se hallaba aquél en su sano juicio. El insigne poeta empleó por toda defensa el leer ante los jueces un hermosísimo coro del *Edipo en Colono,* última tragedia que acababa de

escribir; con lo cual los *phratores* le absolvieron, maravillados de la fecundidad inagotable, de la rica y lozana imaginación del egregio vate octogenario.

***

El arte escénico fué llevado á su completa perfección por este escritor esclarecido, con razón apellidado por la antigüedad el príncipe de los poetas trágicos: él dió más ensanche á la fábula dramática; él aumentó el número de los personajes escénicos y redujo la desmedida extensión del coro, subordinando las piezas líricas *á la accion* principal, *al drama,* propiamente dicho; él mejoró el metro y el estilo, y decoró, en fin, la escena con toda pompa y magnificencia. Gran conocedor del corazón humano, excede en la pintura de las pasiones al célebre Esquilo, si bien queda por debajo del autor de la *Orestiada* en la elevación y grandeza sobrehumanas de ciertos caracteres. Hay que advertir que en la época de Sófocles los escritores no son ya aquellos genios de la generación pasada aficionados á

presentar, en formas colosales, los grandes cuadros de la mitología ó de la realidad histórica: en sus obras predomina ya una razón madura, que somete todas las inclinaciones del espíritu á la *eurythmia* de la proporción y á las sóbrias leyes del buen sentido. Estos caracteres resaltan en las preciosas producciones de nuestro gran trágico ateniense: nada encontraremos ni se nos ofrecerá en ellas propiamente colosal ni gigantesco; antes, por el contrario, hallaremos, en las formas más naturales y humanas, los análisis del corazón más exactos y profundos. Tales son las brillantes cualidades que caracterizan el genio y las obras de Sófocles, siendo la *Antígona* una de las piezas en que más de relieve se ostentan las notables condiciones de su talento dramático.

***

Tiene por asunto este hermoso poema de Sófocles el último triste suceso de la infortunada dinastía de los Labdácidas.

Eteocles y Polynice se han dado recíproca-

mente la muerte, peleando el uno contra el otro al pie de los muros de Thebas. El tirano Creonte, que les ha sucedido en el trono, ordena por edicto público que se concedan los debidos fúnebres honores á los manes de Eteocles, y que quede insepulto el cadáver de Polynice, en castigo de haber hecho armas contra su patria. La noble princesa Antígona se decide, con exposición de su vida, y á pesar de los esfuerzos de su hermana Ismena, á dar piadosa sepultura al cadáver de su hermano Polynice, despreciando la prohibición del inflexible tirano de Thebas. Los centinelas la sorprenden, y es llevada ante la presencia del monarca, quien la condena inhumanamente á ser enterrada en vida. Hemón, hijo de Creonte, ama con pasión á Antígona; y, rendido, suplicante y con prudentes razonamientos, impetra de su padre el perdón de la infeliz princesa, su adorada amante. Mas en vano: el déspota airado desoye la voz de la justicia y los gritos de la sangre; y ocasiona con su insensata ceguedad, además del horrendo sacrificio de la noble Antígona, el trágico fin del hijo, que muere abrazado al cadaver de su amante, y el de la triste reina Eurídice, quien se suicida también al tener noticia de la

muerte de su querido hijo. El tirano, reconociendo al fin su bárbaro error—después de las severas advertencias y conminaciones de un anciano sacerdote—sufre la terrible expiación de los remordimientos que trastornan su juicio; concluyendo el drama con la siguiente sentencia del coro, que resume y compendia el sentido moral y religioso del drama: *La prudencia es una primera y principal fuente de ventura; pero es preciso, además de ser prudentes, no ser impíos y reverenciar á la Divinidad. Los discursos presuntuosos de los hombres altivos les originan horribles infortunios que enseñan, aunque tarde, á apreciar la sabiduría.*

*
* *

Por esta rápida exposición del argumento puede apreciarse el interesante papel de la *protagonista*, uno de los más hermosos caracteres que ofrece la literatura antigua. Ni la majestad de Hécuba, ni la ternura de Andrómaca ó de Deyanira, ni la candorosa sencillez de Náusica, ni la intrepidez de Electra, pueden compararse con la piedad conmovedora y su-

blime de la noble Antígona. En el *Edipo en Colono* nos la presenta el trágico ateniense como modelo heróico de la piedad filial; en esta otra tragedia nos la ofrece como tipo excelso del heroismo en la piedad fraternal; pues desafía las iras del tirano y arrostra la muerte por rendir á su infeliz hermano las honras fúnebres, como antes había sufrido resignada la miseria y el destierro por sostener y consolar á su anciano padre. Mas la noble hija de Edipo no sólo excita nuestra admiración por su firme resolución y enérgica entereza; hay en el carácter de la heroina otro aspecto que nos la hace por todo extremo simpática y amable: abandonada la desgraciada hija de Edipo de sus amigos y de su patria, y condenada por haber sido *santamente delincuente* á tremendo suplicio, rinde tributo á la debilidad de su sexo; y, en *solos* conmovedores, llora su amarga desventura, doliéndose del terrible é injusto tormento que la aguarda y por tener que morir en la flor de su existencia, sin haber gustado «las castas dulzuras del himeneo ni las puras delicias de la maternidad.»

Y es de notar que en el argumento de esta tragedia entra la mutua pasión de Hemón y

de Antígona, indicada ligeramente por el poeta, sin ofrecernos una sola situación, ni un solo encuentro entre los dos desgraciados amantes. Hay que fijarse en esta circunstancia, porque señala tal procedimiento artístico una de las diferencias más profundas entre la tragedia antigua y la moderna. Esta pasión contrariada se hubiera prestado en el arte moderno á la expansión lírica de los dos amantes á cuadros y diálogos de la más exquisita y patética ternura; pero sin duda á los ojos de los atenienses la declaración ó insinuación de amor la más inocente, una simple conversación con Hemón, hubiera alterado la pureza de Antígona.

El coro, intérprete obligado de los sentimientos de los personajes, en ciertas ocasiones, era el llamado á revelar, como lo hace en efecto, la pasión que devora las entrañas del desdichado príncipe, entonando un «Himno al amor,» con razón considerado como uno de los trozos líricos más preciosos de la tragedia. Empero no ha de deducirse de aquí que la pasión del amor era desconocida ó inestimada de los antiguos: lo que hay que pensar es que las relaciones sociales entre los dos sexos, tales como se daban en la antigüedad,

no permitían el desenvolvimiento del amor de la manera ideal como se nos presenta en la literatura romántica ó cristiana.

El *antagonista* de esta tragedia es el monarca Creonte, carácter dibujado desde el principio hasta el fin de la obra de un modo admirable: tirano ambicioso, celoso de su poder y pervertido por el ejercicio de la autoridad absoluta, une á sus gustos de déspota caprichoso el espíritu de sofista que pretende justificarlos; con una continua exposición impertinente de máximas morales y políticas, quiere persuadir á sus conciudadanos de que en la puntual ejecución de sus decretos inhumanos estriba la salvación del Estado. Sus implacables sentimientos despóticos se exacerban é irritan hasta la demencia con la inejecución de sus órdenes, y, ciego de furor, se deja llevar hasta los últimos excesos, que traen como consecuencia la catástrofe y ruína de su dinastía, y su propia desgracia irreparable.

El *coro de Ancianos ó Senadores* thebanos canta, en las grandes situaciones y momentos críticos de este drama, hermosísimas piezas líricas, en noble y magnífico estilo, con imágenes y galas poéticas soberanas, inspirándose, por punto general, en generosas ideas de

rectitud y de justicia, como correspondía al oficio que se le asignaba al coro en la tragedia antigua. Y hemos dicho *por punto general*, porque si bien el coro se quería que fuera y debía ser ante todo el eco de la recta conciencia humana,—no podía menos de ser á la par el exacto reflejo de esta misma humana conciencia á veces pervertida;—así, pues, en la manera servil, aduladora y complaciente como en los graves conflictos de esta tragedia se expresa en ocasiones el coro, dando la razón á todo el que habla (lo mismo á Creonte que predica el absolutismo y la obediencia pasiva, que á su hijo, cuando protesta en favor de la justicia y de la libertad humana, y que al venerable augur Tiresias cuando lanza al tirano sus fatídicas predicciones), se copia con admirable fidelidad esa situación moral de los pueblos degradados y embrutecidos, que no se atreven á levantar la voz, ni aun la mirada, ante el rostro temible del déspota que puede, por el más leve motivo, decretar la muerte. Este abandono en que dejan sus conciudadanos á la noble infortunada Antígona, aun los mismos venerables ancianos llamados á interceder en su favor, nos hace aun más interesante y simpático el grandioso carácter de la

desdichada heroína, á la manera que excitan nuestra compasión y nuestro amor y la admiración entera de nuestra alma las santas vírgenes cristianas de otros siglos, sacrificadas en cruel martirio por los decretos de bárbara tiranía, consentidos en todos los tiempos impasiblemente por los pueblos esclavizados y envilecidos.

***

No terminaremos este breve análisis crítico de la tragedia de Sófocles, sin fijarnos, aunque ligeramente, en el aspecto político de la misma, y del que menos se han ocupado los comentadores, no obstante, que es muy digno de ser tenido en cuenta. En efecto, la *Antígona* fué aplaudida con frenesí por los atenienses, según queda dicho; y hemos añadido que llevaron sus compatriotas el entusiasmo hasta premiar el talento dramático del poeta, honrándole con un alto mando militar. Pues, bien, esta extraña recompensa, que parecería un raro capricho de aquella impresionable democracia ateniense, nos lleva á pensar como cosa

probable, que sus conciudadanos miraron en esta preciosa producción, no solamente el mérito de su rica poesía, sino además sus profundas sentencias y su espíritu político; sobre todo, debió captarle el favor de aquel gran pueblo libre ateniense, el odio á la tiranía que se respira en toda ella, como un sentimiento que se exhala del alma del poeta. Concíbese, pues, que esta aversión manifiesta á la tiranía de tal manera influyera en el espíritu de aquellas muchedumbres republicanas, de modo tal provocara el entusiasmo público, que inspiró la idea de recompensar al autor, elevándolo á las altas funciones políticas. Uno de sus más doctos comentadores, el filólogo Suvern, lleva sus opiniones en este punto, hasta creer que hay en la tragedia alusiones á la situación política de la época y patrióticas excitaciones del poeta para que cesara el encono político de los partidos, y se aceptase la dirección hábil del insigne estadista á cuyas funciones militares le asociaron sus compatriotas.

***

Como las tragedias de Sófocles, que se conservan, han sido publicadas en todas las len-

guas europeas; y nosotros no poseemos vertidas al habla castellana más que la *Electra*, que dió á la estampa en el siglo XVI el maestro Fernán Pérez de la Oliva, bajo el título de *La venganza de Agamenón*, posteriormente traducida también por el insigne autor de *La Raquel* D. Vicente García de la Huerta;—la *Edipo Rey* trasladada al español por el presbítero don Pedro Estala, y dada á luz en Madrid, en 1793, con un discurso preliminar sobre la tragedia antigua y la moderna; la reciente versión publicada de la *Filoctetes*, y algún que otro fragmento de las restantes, creemos que será recibida con benevolencia, esta primera imperfecta traslación (directa del griego) á nuestra lengua de tan hermosa tragedia, tenida por algunos como la primera y más preciosa de Sófocles.

Granada, 1889.

A. G. Garbín

## A MI ADORADA HIJA MATILDE

Juntos hemos leído y saboreado hermosísimas obras de la literatura antigua y moderna, recreándose mi paternal amor en reconocerte dotada de un alma felizmente dispuesta por el cielo para sentir la belleza ideal. La inmortal tragedia de Sófocles, que voy á dar á luz, vertida en imperfecta prosa de nuestra lengua, quiero consagrarla á ti, hija mía, porque sé que en tu generoso corazón caben los sentimientos de tierna y noble piedad de la incomparable «Antígona.»

A. González Garbín.

Granada, 1889.

## PERSONAJES DE LA TRAGEDIA

ANTÍGONA } *hijas de Edipo.*
ISMENA }
CREONTE, *rey de Thebas.*
HEMÓN, *hijo de Creonte.*
TIRESIAS, *sacerdote.*
EURÍDICE, *esposa de Creonte.*
*Un centinela.*
*Un mensajero.*
*Otro mensajero.*

*Coro de Ancianos ó Senadores de Thebas.*

# ANTÍGONA

La escena representa el exterior del palacio real de Thebas, con tres puertas, de las cuales la central es mayor que las otras dos: la de la derecha marca el camino de la ciudad; la de la izquierda, el de las afueras. En cada lado una decoración. Las dos princesas, Antígona é Ismena, salen por la puerta de la derecha, que conduce al departamento de las mujeres. Antígona lleva en la mano una gran copa de metal para las libaciones.

## ANTÍGONA È ISMENA

ANTÍGONA

¡Ismena, hermana mía! ¿Hay uno sólo de los males reservados á la raza de Edipo con el que no nos haya afligido el cielo á nosotras, míseras que aún vivimos?—No, no hay dolor, ni humillación, ni oprobio que no hayamos probado (¡y sin culpa!) en la serie de nuestras desgracias. Y ahora, ¿qué edicto es ese que

acaba de hacer publicar el rey en toda la ciudad? ¿No lo sabes? ¿No ha llegado á tus oídos? ¿O las nuevas desgracias que amenazan á nuestros amigos se te ocultan?

ISMENA

Ninguna nueva noticia, Antígona, agradable ni funesta concerniente á nuestros amigos ha llegado hasta mí, después que nuestros dos hermanos perecieron, dándose en un día muerte el uno al otro; el ejército de los argivos ha desaparecido en esta misma noche (1). No sé que haya más, ni por fortuna ni por desgracia.

ANTÍGONA

Pues bien, precisamente te he hecho salir de las puertas del vestíbulo, para que tú sola me oigas.

(1) La pieza principia al amanecer del día siguiente al en que tuvo lugar el combate fratricida de Eteocles y de Polynice. Durante la noche, el ejército argivo, sitiador en Thebas, ha levantado el campo.—Por esta razón en el primer coro se canta *la salida del sol* y *la liberación de Thebas*.

ISMENA

¿Qué ocurre, Antígona? Tus palabras revelan una gran agitación.

ANTÍGONA

¡Pues qué! ¿No acaba Creonte de conceder preferentemente á uno de nuestros dos hermanos el honor de la sepultura, privando de él al otro indignamente?—A Eteocles, por un decreto equitativo y justo, le ha hecho sepultar, dicen, con los honores debidos á los manes:—y, por lo que hace al cadáver del desgraciado Polynice, se ha pregonado una orden, prohibiendo á los ciudadanos que le sepulten ni le lloren, para que, abandonado, sin honras fúnebres, ni duelo, sirva de preciado pasto á las aves carniceras (1). Ya sabes, hermana, lo que

(1) La privación de sepultura era considerada en la antigüedad como el más horrendo castigo, dado el concepto que se tenía de la vida de ultratumba. A los que no habían recibido los honores fúnebres, los creían eternamente condenados á andar errantes por las márgenes de la Stygia. Con gran propiedad pone nuestro poeta en los lábios del patriota griego:

.....¡Antes el cielo
Mis yertos miembros insepultos cubra, etc.

*el generoso* Creonte ha querido ordenarte á tí y á mí; ¡sí, á mí, á mí también!—y le verás venir aquí á proclamar muy clara su voluntad á todos cuantos pudieran ignorarla:—y para que esta prescripción sea severamente cumplida, conmina al que intente desobedecer su mandato, con la pena de morir en la ciudad apedreado á manos del pueblo.—Ya sabes lo que ansiaba comunicarte... ahora tú demostrarás si eres mujer ilustre ó una vil que desmiente su noble sangre.

ISMENA

¡Ah, infortunada de mí!... Y en tal estado las cosas, ¿qué puedo yo hacer ó deshacer que sea ya provechoso?

ANTÍGONA

Ve si quieres cooperar conmigo y ayudarme en mi propósito.

ISMENA

¿A qué peligro quieres lanzarte? ¿Qué es lo que intentas?

ANTÍGONA

¿Tus manos, dime, ayudarán á estas manos mías á levantar el cadáver?

ISMENA

¡Qué! A pesar de la prohibición impuesta á la ciudad, ¿te atreverás á dar sepultura?...

ANTÍGONA

A mi hermano, sí; y aunque tú no lo quieras, el tuyo. Jamás será acusada Antígona de haber cometido una traición.

ISMENA

¡Desdichada! ¿Y la prohibición del tirano?...

ANTÍGONA

No hay en él ningún derecho para apartarme de los míos.

ISMENA

¡Ay! Acuérdate, hermana, que nuestro pa-

dre se nos murió aborrecido y cargado de oprobio después de haberse arrancado con su propia airada mano los ojos, en castigo de los crímenes horrendos por él mismo sorprendidos; que después su madre, á la par madre y esposa, acabó afrentosamente su vida con un nudo fatal;—y por último, que nuestros dos hermanos, en un solo día ¡desdichados! cumplieron su común destino, dándose recíproca muerte con sus propias manos. Reflexiona, pues, con cuánta ignominia pereceríamos las dos, hoy abandonadas y solas, si rebeldes á la ley, osáramos quebrantar ese decreto, y desafiar el poder de los príncipes;—es preciso tener en cuenta que hemos nacido débiles mujeres, incapaces de luchar contra los hombres; que, gobernadas por los que son más fuertes que nosotras, tenemos que rendirles obediencia, así en esta como en otras cosas más crueles aún y dolorosas. Por mi parte, después de pedir á los difuntos que me perdonen, si cedo á la violencia, me someteré á la autoridad de los magistrados constituídos en poder; pues sería insensatez pretender ejecutar lo que excede de nuestras fuerzas.

ANTÍGONA

No pienso rogarte más... y aunque tú accedieras á hacer algo por complacerme, rehusaré tu concurso. Ve tú allá lo que te parezca bien. Por mí le he de dar sepultura, y me será glorioso morir, después de haberlo realizado. Como buena hermana iré á reposar con mi hermano amado por haber sido *santamente criminal*. Pero ¡ah! por más tiempo he de hacerme grata á los muertos que á los vivos, pues con ellos he de reposar eternamente. Desprecia tú, en buen hora, si lo juzgas conveniente, las sacrosantas leyes de los dioses.

ISMENA

No es que las desprecio, Antígona mía, pero me considero impotente para obrar contra la voluntad de una ciudad entera.

ANTÍGONA

Eso pretestarás tú en buen hora... yo me marcho á erigir á mi hermano amadísimo su sepulcro.

ISMENA

¡Ay, tiemblo, tiemblo por tí, desventurada!

ANTÍGONA

No te inquietes por mí. Cuídate sólo de enderezar tu suerte.

ISMENA

Pero al menos no descubras á nadie tus proyectos; ocúltalos con la mayor reserva... por mi parte, encerrado quedará en mi pecho.

ANTÍGONA

¡Ira del cielo!... ya puedes apresurarte á vociferarlos. Te harás todavía más aborrecible si los callas, si no corres á divulgarlos por todo el mundo.

ISMENA

Tienes el corazón ardiente en cosas que lo hielan de espanto.

ANTÍGONA

En cambio, sé que satisfago á aquellos á quienes tengo el deber de hacerme grata.

ISMENA

¡Y si te fuera siquiera posible!..... empero intentas lo que es superior á tus fuerzas.

ANTÍGONA

¡Bien! desistiré sólo cuando esas fuerzas me faltaren.

ISMENA

Desde el principio debemos renunciar á aquello que supera nuestro poder.

ANTÍGONA

Si continúas en ese lenguaje, obtendrás mi aborrecimiento por un lado, y por otro..... algún día yacerás junto al muerto odiada con justicia.—Déjame con mi funesta temeridad sufrir los males que me aguarden; pues no

habría para mí nada tan afrentoso como el no morir honrosamente.

ISMENA

Puesto que tú lo quieres..... parte, hermana imprudente;..... pero, en realidad, amiga de tus amigos.—*(Se van ambas, por diferente lado. —Sube el coro compuesto de los ancianos ó senadores de Thebas).*

---

## CORO

### *Estrofa 1.ª*

¡Oh, luz pura del Sol, la más hermosa que ha alumbrado en la Ciudad de las Siete puertas!—apareciste al fin, ojo del áureo día, reflejándote en las cristalinas aguas *dircéas* (1);—despues que los guerreros venidos de Argos con sus blancos escudos y bélico aparato, hu-

(1) El coro de ancianos saluda al Sol *(ojo del áureo día)*, cuyos rayos se reflejan en la *Fuente dircea*, que se hallaba al Oriente de Thebas.

yeron en rápida carrera, agitando con vigor las riendas de sus corceles.—A la cabeza de ellos Polynice,—excitado por ambiguas querellas,—semejante al águila que desciende á la tierra lanzando gritos agudísimos, vino volando á arrasar nuestras campiñas, cubierto con su escudo, cual ala de blanca nieve, agitándose en torno de él millares de armas, y cascos de flotantes cimeras.

*Antistrofa 1.ª*

Despues de haber amenazado nuestros hogares, y de haber corrido jadeantes en derredor de las siete puertas, con sus lanzas ávidas de exterminio,—huyeron antes de abrevarse en nuestra sangre, y de que el fuego abrasador invadiera las alturas de nuestras fortalezas; de tal manera la voz rugiente de Marte resonó en torno de ellos, causando el espanto del dragón enemigo.—Júpiter que abomina el orgullo y la jactancia, viendo á los argivos precipitarse á modo de impetuoso torrente, ensoberbecidos con las doradas armas, que movian con estruendo, fulminó su rayo y aniquiló al guerrero que ya se preparaba á dar el grito de ¡victoria! desde lo alto de nuestras murallas.

*Estrofa 2.ª*

Herido por el rayo cayó en tierra, por la cual fué rechazado, aquel que con insana furia se arrojaba sobre nosotros, respirando el ódio y la venganza. Pero el gran dios de la guerra, nuestro propicio aliado, sembrando la turbación, con su potente brazo, envióles de mil distintas maneras la muerte.—Los siete jefes, que venian hácia nuestras siete puertas contra otros tantos caudillos de Thebas, rindieron sus férreas armas á Júpiter vencedor. Mas ¡ay! estos dos desventurados, hijos del mismo padre y de la misma madre, volviendo el uno contra el otro sus lanzas victoriosas, se compartieron entre los dos la misma muerte.

*Antistrofa 2.ª*

Puesto que la victoria ha venido á proporcionar á la belicosa Thebas el júbilo y la alegría, aparte de nuestra mente el recuerdo de los combates; durante toda la noche formemos coros en los templos de los dioses, y que Baco, dios de Thebas, presida nuestros regocijos.

Pero el nuevo rey de nuestra comarca *(Vése á Creonte aparecer en escena)*, el hijo de Mené-

ceo, se acerca. Los acontecimientos que han suscitado los dioses le traen á este lugar. Sin duda medita algún proyecto, porque él es quien ha convocado, por medio de una orden común para todos, esta asamblea de ancianos.

---

## CREONTE Y EL CORO

CREONTE

Venerables ancianos: al fin los dioses han enderezado de nuevo las cosas de la ciudad, después de haberla conmovido con profunda turbación. He hecho citar especialmente á vosotros de entre todos los ciudadanos, constándome cuán respetuosos fuísteis siempre con el trono y con la soberanía de Layo, así como también vuestra adhesión á Edipo, durante su reinado, y después de muerto éste, cuán constante ha sido vuestra fidelidad para con sus hijos. Ahora bien: desde que éstos han perecido en un mismo día de recíproca doble muerte dada por sus propias manos,

correspóndenme, por derecho de nacimiento, todos los poderes y los privilegios todos del trono.

No es posible, respetables varones, apreciar el espíritu, los sentimientos ni el carácter de un hombre, hasta tanto que éstos se hayan manifestado en el ejercicio del poder y de las leyes (1). En cuanto á mí, declaro que á todo el que teniendo á su cargo el gobierno de un pueblo, no adopta las resoluciones más acertadas, y sella sus labios por temor, le juzgo y le he juzgado siempre malísimo magistrado, y aun el que antepone las conveniencias del amigo al interés de la patria, paréceme del todo vil y despreciable. Pongo por testigo al Supremo Júpiter, que todo lo sabe, y á cuyos ojos nada se oculta, que jamás me callaré viendo sobrevenir males que puedan poner en peligro á mis conciudadanos, ni otorgaré nunca mi amistad al enemigo de mi patria: persuadido de que la salvación de la patria, es

(1) Este es en el fondo un pensamiento de Bias, uno de los Siete sabios: *El mando pone á prueba á los hombres.* Los principios ó máximas de Creonte en esta alocución ó programa de gobierno, fueron citados por Demóstenes en su famoso discurso *Sobre las prevaricaciones de la Embajada.*

la nuestra; y de que, bogando de esta manera, jamás nos han de faltar amigos. Con tales principios me prometo llevar nuestra ciudad á un estado floreciente: é inspirándome en ellos, he ordenado publicar ese bando relativo á los hijos de Edipo: á Eteocles, que ha muerto blandiendo valerosamente su lanza por la patria, he decretado que se le sepulte en la tumba, con todos los honores debidos á los manes de los héroes; en cuanto á su hermano Polynice, que, abandonando su destierro, ha venido á exterminar con el fuego su ciudad natal y los dioses de sus padres; que quiso tener el gusto de saciarse en la sangre de los thebanos, y someternos á la servidumbre... á ese he prescrito que ni se le sepulte ni se le llore; antes, por el contrario, que quede sin que la tierra le cubra, para ser pasto de los perros y de las aves carniceras. Tal es mi voluntad. Jamás el malvado alcanzará de mí los honores debidos al hombre de virtud; pero todo el que sirviere bien al Estado, vivo ó muerto, será honrado por mí del propio modo.

CORO

Tales son tus decretos, hijo de Menceo,

respecto al enemigo y al amigo de la patria. Vivos y muertos todos estamos sometidos á tu Ley.

CREONTE

Ahora... vigilad porque se cumplan mis decretos.

CORO

Confía á otros, á otros más jóvenes ese encargo.

CREONTE

Quedan colocados centinelas al lado del cadáver.

CORO

¿Tienes algo más que recomendarnos?

CREONTE

Que seáis severamente inflexibles con los que osaren desobedecer mis mandatos.

CORO

Nadie habrá tan insensato que quiera morir.

CREONTE

¡Oh! ese sería, en efecto, el pago que llevaría. Pero á veces la esperanza del lucro conduce á los hombres á su perdición. *(Preséntase en la escena uno de los guardias encargados de custodiar el cadáver de Polynice.)*

---

## EL CENTINELA Y CREONTE

EL CENTINELA

¡Señor! No diré que la rapidez de mi marcha me ha dejado sin alientos, porque me han detenido, y aún me han hecho á veces retroceder, los pensamientos que me han agitado durante mi camino. Oía que la voz interior de mi alma unas veces me decía: «¡Desdichado! por qué vas tan de prisa adonde has de sufrir

el castigo?...» y otras: «¡Infeliz! ¿por qué te detienes? Si el caso llega á noticias de Creonte por otra persona, ¿cómo podrás librarte de su cólera?» Lentamente avanzando en medio de estas reflexiones, he llegado al término: ¡ay! el camino más corto, se hace de tal modo largo y penosísimo. Me he decidido, por fin, á presentarme ante tí; y, aunque voy á dar cuenta de un hecho inexplicable, hablaré: pues me sostiene la esperanza de que no sufriré más que lo que me esté reservado por el destino.

CREONTE

Pero ¿qué hay? ¿Cuál es la causa de tu turbación?

EL CENTINELA

Ante todo te diré, por lo que á mí se refiere, que ni yo he ejecutado la acción, ni sé quién es el autor del hecho: en justicia, pues, no se me debe imponer á mi castigo.

CREONTE

¿Y á qué vienen todas esas precauciones;

para qué todos esos rodeos? Alguna gran novedad parece que vas á anunciarme.

EL CENTINELA

Las malas nuevas causa miedo comunicarlas.

CREONTE

¿Acabarás de hablar al fin, para que te retires cuanto antes de mi vista?

EL CENTINELA

Pues voy á obedeceros. Acaban de sepultar al muerto, cubriendo su cuerpo con la árida tierra, y de rendirle las fúnebres ceremonias.

CREONTE

¿Qué estás diciendo?... ¿Quién de los hombres se ha atrevido á tanto?

EL CENTINELA

Lo ignoro. Allí no se percibe ni señal de

golpe de hacha ni de haber sido removida la tierra por el azadón: el suelo aquél firme y escabroso... intacto, sin huellas de rueda, sin vestigio alguno por donde se pueda descubrir al culpable. Tan luego como el primer centinela de día nos comunicó la noticia, nos pareció á todos un prodigio funesto. El difunto se nos presentó no realmente sepultado, sino cubierto el cuerpo de menudísima tierra, como para evitar el crimen de impiedad (1), no viéndose rastro alguno de fieras ó de perros que hubieran venido á destrozarle. Inmediatamente comenzaron á lanzarse unos á otros palabras de amenaza, acusando cada cual de los centinelas al otro. Ya estábamos para venir á las manos, sin que hubiera allí nadie que pudiera evitarlo; pero como cada cual parecía para los demás culpable y ninguno lo era manifiestamente, á todos nos salvó esta incertidumbre. Dispuestos estábamos á poner las manos en candente hierro, á pasar por entre las llamas (2), á prestar juramento

(1) Una ley de Atenas declaraba sacrílego al que pasaba por delante de un cadáver abandonado y no le cubría de polvo, Horacio, 1, Oda 28 y v. 23.

(2) Es tal vez éste el testimonio más antiguo que encontramos de la funesta superstición por

por los dioses, de nuestra inocencia y de no tener conocimiento de los perpetradores del crimen, ni de los que lo habían proyectado, cuando en vista de no poderse averiguar nada por los que indagaban, tomó uno la palabra, el cual nos obligó á todos á inclinar de espanto la cabeza hacia la tierra, porque ni teníamos nada que decirle ni sabíamos cómo seguir sin peligro su consejo. Su parecer era que se te debía dar inmediata fiel relación del hecho; ya que no era posible de ningún modo ocultártelo. Prevaleció esta opinión y á mí ¡desgraciado! me tocó en suerte el tener que aceptar este beneficio. Aquí me encuentro, pues, contra toda mi voluntad, y seguramente contra la tuya, porque nadie recibe de buen grado á los mensajeros de malas nuevas.

CORO

¡Oh Rey! ¡Oh Rey! Cuanto más lo reflexiono, tanto más creo descubrir en esto la mano de los dioses.

muchos siglos admitida en los pueblos del Norte: *la prueba caldaria ó juicio de Dios.* (Se la encuentra también en la Eneida, XI, 787.)

CREONTE

¡Basta!... Si te sigues expresando en ese sentido, me harás estallar de furor, y descubrirás que eres tan insensato como viejo... ¡Qué cosas tan intolerables estás diciendo! ¿Con que los dioses habían de haber tomado al difunto bajo su amparo? ¿Con que ellos habían de haber dado sepultura como merecedor de tan alta honra al que vino á incendiar sus templos y sus ofrendas, á arrasar su patria y á derrocar sus leyes?... ¿Cuándo has visto tú que los dioses protejan á los malvados?—No es eso, no; sino que estos ciudadanos de Thebas, descontentos de mis mandatos, no pudiendo soportar mi yugo, andan tiempo há sacudiendo la cabeza y murmurando secretamente: que me odian, sí, que me odian. Tengo la certeza de que ellos han inducido á los otros, mediante recompensa, á cometer el atentado.—¡Ay... el oro! ¡Cuán funesto es este metal para los hombres! Él causa la ruina de los pueblos, él saca de sus hogares á los ciudadanos, y corrompe y lleva hasta el crimen á las almas honradas; él ha enseñado á los hombres todas las perfidias y todas las impiedades... Pero ¡ah! los culpables que se han de-

jado ganar ya llevarán en su día el condigno castigo. Juro por el respeto con que miro al Supremo Júpiter, y tú *(al centinela)* oye bien mi juramento;—que si no me descubrís y presentais ante mi vista al que ha cavado esa sepultura con su propia mano, la muerte no será bastante suplicio para vosotros; os haré colgar vivos en castigo de vuestro atrevimiento para que así conozcais por qué medios debeis en adelante de enriqueceros; para que sepais el límite que debeis poner en vuestra codicia; para que aprendais que las ganancias ilegítimas son con frecuencia más funestas que provechosas.

EL CENTINELA

¿Me permites hablar ó debo dar media vuelta y marcharme?

CREONTE

¿No has conocido todavía cuánto me están atormentando tus palabras?

EL CENTINELA

¿Pero qué te atormentan: los oídos ó el corazón?

CREONTE

¿Y qué te importa á tí saber en dónde reside mi dolor?

EL CENTINELA

El autor del hecho será causante de la aflicción de tu alma; yo tan solo habré molestado tus oídos.

CREONTE

¡Por el Cielo! Que has nacido de verdad hablador.

EL CENTINELA

Sí, pero yo no he sido el autor del hecho.

CREONTE

No, tú no habrás hecho más que vender tu vida por el dinero.

EL CENTINELA

¡Ay! Qué desgracia, cuando se forma una opinión, que se opine lo falso.

CREONTE

Habla tú ahora cuanto quieras sobre la opinión; pero si no me mostrais á los culpables, yo os haré decir muy alto que las ganancias infames acarrean la desgracia.

EL CENTINELA

¡Ojalá que se descubra el criminal!—*(Aparte)*.—Pero si no pudiere ser habido (y esto lo decidirá la suerte) no me volverás tú á ver en tu presencia: bastantes gracias debo dar al Cielo, por haber escapado salvo, contra todo lo que yo me esperaba y me prometia. *(Váse.)*

## CORO

*Estrofa 1.ª*

¡Cuánto hay que admirar en el mundo! Pero nada tan maravilloso como el hombre. Él impulsado por los vientos tempestuosos, atraviesa el espumante Océano, y surca las olas que braman á su alrededor;—él fatiga á la Tierra, á esta venerable diosa inmortal y fe-

cunda, desgarrando cada un año su seno con el arado que arrastra, ayudado del ganado caballar.

*Antistrofa 1.ª*

El hombre industrioso caza los pájaros de rápido vuelo, y las fieras de las selvas, y los peces de los mares, con redes sutiles en que los envuelve y aprisiona. Su astucia triunfa de los mónstruos salvajes de las montañas, y sujeta al yugo al corcel de larga crín y al toro indómito y montaráz.

*Estrofa 2.ª*

Él cultiva la palabra y las ciencias sublimes: él conoce las leyes y costumbres de las ciudades; él sabe preservar su vivienda de los hielos del invierno, y de las exhalaciones de la tormenta. Fecundo en recursos é ingenioso, lleva su previsión hasta lo porvenir. También ha encontrado medio para escapar de las enfermedades más crueles... Tan sólo le será imposible librarse de la Muerte.

*Antistrofa 2.ª*

Habiendo llegado en la industria y en las

artes más allá de toda esperanza, marcha, sin embargo, unas veces hácia el bien, y otras hácia el mal; por esto el poderoso de la ciudad que torcidamente interpreta las leyes humanas y divinas, es digno de ser expulsado de ella, tan luego como su audacia concibe proyectos criminales.

Que el que ejecute tales cosas no participe ni de mi hogar ni de mi pensamiento (1). *(Vése aparecer nuevamente al centinela trayendo prisionera á Antígona.)*

Pero ¿qué es lo que veo? No me cabe duda: ¿Cómo he de decir que no es esta la joven Antígona, si la estoy mirando con mis propios ojos? ¡Hija infortunada del desdichado Edipo! ¿Qué es esto? A tí no te traerán aquí como infractora de la orden del Rey; en ti no cabe semejante locura...

(1) Horacio, III, Oda 2.a
Vetabo qui Cereris sacrum
Vulgarit arcanœ, sub ìsdem
Sit trabibus.

## EL CENTINELA—ANTÍGONA—EL CORO

EL CENTINELA

Pues ella es la que ha cometido el crimen. La hemos sorprendido dándole sepultura. Pero ¿dónde está Creonte?

EL CORO

Ahí le tienes, que sale á punto de su palaeio.

## LOS MISMOS Y CREONTE

CREONTE

¿Qué ocurre de nuevo? Llego en hora oportuna de enterarme.

EL CENTINELA

¡Oh Príncipe! al hombre no le es dado jurar nada: pues con frecuencia nos convence de nuestro error una reflexión posterior. Yo juraba que jamás volvería á comparecer ante tí: de tal modo me habían aterrado tus amenazas; y sin embargo, por una inesperada felicidad (á ninguna dicha del mundo comparable) vuelvo ante tu presencia (á pesar de mis juramentos) trayéndote á esta joven á quien he sorprendido preparando la tumba para el cadáver. Esta vez no ha sido preciso echar suertes: el descubrimiento ha sido mío, únicamente mío. Ahora tú la cogerás y la examinarás y convencerás según te parezca. En cuanto á mí, me creo ya con derecho á ser declarado libre y absuelto.

CREONTE

¿Cómo y en qué lugar has encontrado á esta joven que me traes presa?

EL CENTINELA

Se hallaba ella enterrando al muerto: ya lo sabes todo.

CREONTE

¿Y tú sabes bien lo que te dices? ¿Te consta que es verdad?

EL CENTINELA

Como que la he visto yo mismo dando sepultura al difunto, á pesar de la prohibición. ¿Lo quieres con más claridad?

CREONTE

¿Y cómo se la ha visto? ¿Cómo ha sido cogida *in fraganti*?

EL CENTINELA

El hecho ha ocurrido así. Bajo el terror de tus tremendas conminaciones, llegamos allá y barrimos la tierra que cubría el cadáver. Después que dejamos enteramente descubierto aquel cuerpo ya en corrupción, subimos á sentarnos en lo alto de las colinas, al abrigo del viento, y huyendo de los fétidos miasmas. Excitámonos unos á otros á la vigilancia, conminando á todo el que pudiera descuidar la

faena. En tal estado permanecimos hasta el momento en que el disco brillante del Sol llegaba al promedio de su carrera, despidiendo fuego abrasador. Súbitamente un furioso huracán levanta en remolino una polvareda que llegaba hasta las nubes, é invadiendo la llanura, arrancaba las hojas á los árboles, extendiéndose la tormenta por el anchuroso Cielo. Nosotros, con los ojos cerrados, soportábamos aquel divino castigo. Pasado el temporal, al cabo de largas horas, percibimos á esa joven, dando gritos agudos y lamentables, cual pájaro que no encuentra á su tierna cría en el desierto nido. De tal modo, al mirar al difunto despojado de la tierra que le cubriera, prorrumpía en gemidos y lanzaba imprecaciones contra los autores de tamaño ultraje. Seguidamente coje con sus propias manos árida tierra con la que cubre el cadáver, honrándole hasta tres veces con fúnebres libaciones, que vierte del fondo de una preciosa copa de bronce. Tan luego como vimos esto, nos arrojamos sobre ella y la prendimos. Y en verdad, ella permaneció impávida. Interrogámosla sobre sus actos anteriores y por el que acababa de consumar, y nada negó absolutamente: confesión que fué para mí grata y dolorosa á la

par; gratísima, porque me libertaba del castigo; dolorosa, porque siempre causa tormento exponer á los amigos. Pero ante todo, es lo natural que miremos cada cual por nuestra salvación.

CREONTE

Oh tú, la que inclinas la frente hacia la tierra, ¿declaras haber ejecutado esa acción, ó lo niegas?

ANTÍGONA

Confieso que lo he hecho; no lo niego.

CREONTE

Tú, *(dirigiéndose al centinela)* márchate de aquí: quedas libre de la tremenda sospecha que sobre ti pesaba. *(Se marcha el guardia).*— Pero tú *(á Antígona)* sin rodeos y en pocas palabras, contéstame: ¿conocías el edicto que yo había hecho publicar, prohibiendo ejecutar un acto semejante?

ANTÍGONA

Conocía tus órdenes; ¿cómo había de ignorarlas si se habían publicado?

CREONTE

Y á pesar de ello, ¿te has atrevido á infringir la ley?

ANTÍGONA

Semejante ley no ha sido decretada por el excelso Jove, ni por la Justicia, compañera de los dioses manes: ellos jamás impusieron leyes tales á los hombres, y yo no pude creer nunca que tus pregones tuvieran fuerza superior á la de las leyes no escritas, pero infalibles y eternas de los dioses (1). Eternas, porque las leyes divinas no son de hoy ni de ayer, sino

(1) Antígona invoca la Justicia de las deidades infernales ofendidas por el inhumano decreto del rey de Thebas: —llama á estas leyes divinas *no escritas*, expresión empleada por Sócrates en los *Memorables* de Xenofonte: IV, 4, 19—21; y por Platón: *Leyes*, VIII, 795; Aristoteles: *Política*, III, 18; etc.

de siempre y de todos los tiempos, ni hay nadie en el mundo que sepa cuando comenzaron á regir. Yo no debía, pues, por temor á las amenazas de un mortal, exponerme á la venganza de los dioses. Antes de tu decreto, sabía que estaba condenada á la ley del morir (¡destino á todos inevitable!) Si muero antes de tiempo, será una dicha para mí: ¿qué cosa hay entre tan grandes males como afligen mi vida que no me haga mirar la muerte como un bien? Por lo tanto, la suerte que me espera no me causa ningún dolor; pero ¡ah! lo sentiría vivo y profundo si hubiera dejado sin sepultura al hijo de mi madre. No estoy de modo alguno pesarosa de lo que he hecho. Si tú calificas de locura mi conducta, me consideraré juzgada de insensata por un insensato.

EL CORO

En ese carácter indomable bien se conoce á la hija del inflexible Edipo; jamás se dejará abatir por las desgracias.

CREONTE

Pues sabe que estas almas tan fieras con fa-

cilidad se rinden, eomo se rompe el acero más fuerte y bien templado: y yo sé bien que con débil freno se sujetan los coreeles más fogosos. Pensar eon tal soberbia no es tolerable en quien se halla sometido á los demás. No le ha bastado á esta insensata haberme ultrajado, violando mis decretos, sino que á este crímen añade un segundo ultraje, glorifieándose y regocijándose de su aeción. ¡Por los cielos! dejaría yo de ser hombre, y entonces el hombre sería ella, si tamaña audacia quedara sin castigo. Aunque sea la hija de mi hermana, aunque se hallara unida á mí por vínculo más estrecho, ni ella ni la hermana suya, se han de escapar de una muerte terrible, porque sin duda la otra ha de haber sido su eómpliee. Que la hagan venir inmediatamente. No ha mucho la ví dentro de palaeio irritada y fuera de sí: ¡ah! el que medita un crimen á la sombra, con freeueneia se haee traición á sí mismo, antes de ejeeutarlo. Pero sobre todo, detesto á los que sorprendidos en el negro crímen, pretenden con palabras darle colorido.

ANTÍGONA

¿Necesitas tú algo más que mi muerte?

CREONTE

No, tu muerte me basta.

ANTÍGONA

¿Pues qué te detiene? Ningún discurso tuyo me es agradable, ni lo podría ser jamás, ni las palabras mías pueden ser gratas para tí. En cambio, ¿qué gloria más pura para mí que la de haber dado sepultura á un hermano? Todos cuantos me escuchan elogiarían mi proceder, si su lengua no estuviera encadenada por el terror. ¡Privilegio de los tiranos!: ellos pueden solos decir y hacer lo que les place.

CREONTE

Tu eres la única descendiente de Cadmo que piensa de ese modo.

ANTÍGONA

Todos piensan como yo; pero tu presencia les sella los labios.

CREONTE

¿Y no te avergüenzas de obrar de distinto modo que ellos?

ANTÍGONA

Jamás podrá causar rubor el honrar á un hermano.

CREONTE

¿Y no era también hermano tuyo el que pereció combatiendo contra él?

ANTÍGONA

Hermano carnal: de la misma madre y del mismo padre.

CREONTE

Entonces, dí: ¿por qué has tributado al otro esas *honras impías?*

ANTÍGONA

No lo afirmaría así el que yace en la tumba.

CREONTE

¿Cómo no, si tú ofreces á un impío los mismos honores dispensados á él?

ANTÍGONA

Es que no murió siendo su esclavo, sino su hermano.

CREONTE

El uno trajo la desolación á su patria: mientras que el otro combatió por ella valerosamente.

ANTÍGONA

Plutón, sin embargo, pide iguales ritos para todos.

CREONTE

El crímen y la virtud no deben recíbir lo mismo.

ANTÍGONA

¡Quién sabe! Allá en el reino de la muerte, tal vez sea santificada mi acción.

CREONTE

El enemigo, ni áun despues de morir, debe ser estimado como amigo.

ANTÍGONA

YO HE NACIDO PARA COMPARTIR EL AMOR; PERO NO EL ODIO.

CREONTE

Anda á los infiernos: y puesto que tan amorosa eres, puedes ir á amar á los profundos. Mientras yo viva, no consentiré que una mujer nos dicte la ley.

EL CORO

Ved ahí á Ismena en el dintel del Palacio: viene llorando de compasión por su hermana; una nube cubre su frente y desfigura su rostro ruborizado, regando de lágrimas sus hermosas megillas.

## LOS MISMOS É ISMENA

CREONTE

¡Oh! la que oculta en la sombra de ese palacio, te proponías, á la manera de una víbora, saciarte en secreto de mi sangre:—no sabía yo que estaba alimentando á estas dos furias, calamidad de mi reino;—habla, respóndeme al punto, si has tomado parte en esa inhumación; ó dí, bajo juramento, si lo ignorabas todo.

ISMENA

Me confieso (con la venia de mi hermana) culpable: me declaro cómplice suya; recaiga sobre mí también la acusación.

ANTÍGONA

En justicia no puede eso tolerarse; porque tú no quisiste seguirme, y yo rehusé tu cooperación.

ISMENA

Pero en la hora de tu desgracia, no temo el asociarme á tu infortunio.

ANTÍGONA

¿Y quiénes son los causantes de él? Plutón y las deidades del Averno lo saben. Rechazo, pues, á la que no me muestra su amor más que con palabras.

ISMÉNA

No me juzgues indigna, hermana mía, de morir contigo, y de haber honrado con los ritos fúnebres al difunto.

ANTÍGONA

No pretendas morir conmigo, ni atribuirte una obra en la que no has puesto tu mano. Basta con que yo muera.

ISMENA

¿Y qué vida, si tú me dejas, me puede ya ser amable?

ANTÍGONA

Interrógalo á Creonte: ¿no le guardabas tantos miramientos?.....

ISMENA

¿Por qué me atormentas con ese inútil sarcasmo?

ANTÍGONA

¡Ah! este sarcarmo lo empleo con hondo pesar.

ISMENA

¿Y de qué otro modo podré servirte en este trance?

ANTÍGONA

Salva tú la vida tuya. Yo no te envidio tu salvación.

ISMENA

¡Ay mísera de mí! ¿y no he de poder yo compartir contigo la desgracia?

ANTÍGONA

Tú preferiste vivir: yo el morir.

ISMENA

Pero no porque te faltaran mis consejos.

ANTÍGONA

Ciertamente: pero así como á tí te parecieron los tuyos prudentes, yo juzgué los míos más en razón.

ISMENA

Sea de ello lo que quiera, hemos cometido el mismo delito.

ANTÍGONA

¡Ten ánimo! tu vives aún; pero yo perdí desde hace tiempo la vida, por servir á los que murieron.

CREONTE

Estas dos hermanas son unas insensatas: la

una acaba de perder el juicio, la otra no lo tuvo jamás.

ISMENA

¿Y cómo ha de poder ¡oh Rey! resistir la razón con que la naturaleza nos ha dotado, el exceso de la desgracia.

CREONTE

En verdad que tú no has de tener tu juicio cabal, cuando has querido hacerte cómplice de un crimen.

ISMENA

Pero sin ella... ¿cómo he de soportar la vida?

CREONTE

No me vuelvas á decir... *ella*, porque ella ya no existe.

ISMENA

¿Y harás ¡oh cielos! morir á la prometida de tu hijo querido?

CREONTE

No le faltarán otros terrenos fecundos

ISMENA

Mas ¡ay! olvidas lo que es grato para ellos dos...

CREONTE

Yo no quiero para mi hijo mujeres perversas.

ISMENA

¡Oh, carísimo Hemón! ¡cómo tu padre te menosprecia!

CREONTE

En verdad que tú y el tal himeneo me van fatigando ya en demasía.

EL CORO

¿Con que vas á privar á tu hijo de esta esposa suya?

CREONTE

El Orco se encargará de romper esos lazos.

EL CORO

Según eso, tienes decretada ya su muerte.

CREONTE

Así parece. ¡Guardias! conducidlas al interior de Palacio: y desde este momento que sean verdaderas mujeres: sin libertad para salir. Que los audaces procuran huír cuando ven al ojo la muerte.—*(Llévanse á Antígona y á Ismena, quedando en la escena el coro y Creonte.)*

---

## CORO

*Estrofa 1.ª*

¡Dichosos los que jamás han probado el infortunio! Porque cuando los dioses dejan caer su airada diestra sobre una familia, las des-

gracias se suceden en ella sin cesar y avanzan á toda su posteridad: cual la ola que recorre el oscuro abismo del mar de Tracia, impelida por furioso vendaval, levanta del fondo negra turbulenta arena, y viene á estrellarse allá en la playa con hórrido gemido.

*Antistrofa 1.ª*

Así en la familia de los Labdácidas, á las desgracias de los que ya sucumbieron, veo acumularse nuevos infortunios, que de generación en generación se perpetúan, sin dejarla en libertad, un momento, la saña implacable del Destino. Un rayo de esperanza parecía vislumbrarse al fin para los últimos vástagos de la familia de Edipo; y hé aquí que lo extinguieron esa tierra fatal tributada á los manes, y la imprudencia del discurso y la furia vengadora del corazón.

*Estrofa 2.ª*

El orgullo del hombre jamás podrá triunfar ¡oh Júpiter! de tu fuerza. Tú desafías al Sueño irresistible y al Tiempo que en su curso todo lo extermina; y eternamente exento

de vejez riges, como soberano, el esplendor brillante del Olimpo. Pero ¡ay! el hombre no puede gozar pura felicidad: el pasado, el presente y el porvenir se hallan sujetos á esta inmutable ley.

*Antistrofa 2.ª*

A muchos les colma con frecuencia sus deseos la inconstante esperanza; pero también muchas veces desvanece en otros sus imprudentes ilusiones, pues se viene á introducir en el corazón secretamente, cuando está el pie próximo á pisar el ardiente fuego. Máxima célebre de un sabio es: que el mal se presenta bajo la apariencia del bien á todo aquel cuyos pensamientos quiere un dios que se encaminen hácia la perdición, y que no goce un momento de la vida, exento de pesar.

Pero hé aqui que se acerca Hemón, el menor de tus hijos. Contristado está: sin duda por la suerte de la desgraciada Antígona y por su frustrado himeneo.

CREONTE

Al punto lo sabremos con más certeza que si fuéramos adivinos.

## LOS MISMOS Y HEMÓN

CREONTE

Supongo, hijo mío, que no vendrás enfurecido contra tu padre por la sentencia definitiva que acaba de recaer contra tu futura esposa; y que cualquiera que haya sido mi modo de obrar, seré siempre querido para tí...

HEMÓN

Padre mío, sometido estoy á tus mandatos: tus prudentes consejos son los que me guían, y dispuesto me encuentro á seguirlos. No hay himeneo que deba yo preferir á tí, que con tanto acierto me diriges.

CREONTE

Si, hijo mío; todo debe sacrificarse á la voluntad de los padres: esos son los sentimientos que deben inculcarse en tu corazón. Por esto se afanan los padres: por tener hijos dóciles que sepan vengar con ellos ofensas de sus enemigos, y para que honren, á la par que

ellos, á los que hayan sido sus amigos. ¡Ay! el que ha dado el sér á un hijo perverso, ¿qué ha hecho sino engendrar un martirio para él y un objeto de júbilo para sus contrarios? Que jamás, hijo mío, el aliciente del amor de una mujer turbe tu razón; ni olvides nunca que son de hielo las caricias de una esposa cuando ésta es una mujer depravada ¿Qué calamidad más grande que un indigno amigo? Destierra, hijo, de tu corazón á esa mujer como cruel enemiga y déjala que vaya á buscar marido á los infiernos.

Y puesto que está convicta de haber sido la única entre los thebanos, que ha infringido insolentemente mis decretos, no he de ponerme yo en contradicción ante los ojos de los ciudadanos. Morirá: así implore á Júpiter protector de los derechos de la sangre. Si yo aliento la rebeldía en mis parientes, ¿qué será de los extraños? El hombre que sabe dirigir con energía sus asuntos de familia, ese sabrá del propio modo gobernar en el Estado con justicia; un hombre tal (hay que confesarlo) sabrá en toda ocasión mandar y obedecer; en los peligros de la guerra permanecerá siempre en su puesto, siendo de sus camaradas un defensor fiel y valeroso. Pero el que insensata-

mente infringe las leyes, el que pretende mandar en los que gobiernan ¿cómo ha de merecer nuestros elogios? Aquél que la República ha elegido por jefe, en todo, así en lo grande como en lo pequeño, en lo justo como en lo que no lo parezca, debe ser obedecido. No hay calamidad más tremenda que la anarquía, como que ella es la que arruina los pueblos, la que lleva la desolación á las familias, y en los combates produce la confusión en los guerreros y ocasiona las deserciones. En cambio en la obediencia está la salvación y la seguridad de todos. Sepamos, pues, mantener el orden en el Estado y no toleremos que una mujer se nos imponga. Nos dejaremos vencer, en caso necesario, por un hombre; pero que se diga que somos más débiles que mujeres... ¡jamás!

EL CORO

Si la edad no hace que nos engañemos, paréceno muy puesto en razón tu discurso.

HEMÓN

Los dioses, padre mío, han dotado á los

hombres de la razón, el más precioso sin duda de todos los bienes. Si ella acaba de hablar por tus labios, no soy yo quien puede ni quiere negarlo. Pero como algún otro pudiera también pensar con no menos prudencia, deber mío es expiar en interés tuyo cuanto con relación á tí se hace ó se dice ó se murmura. Los ciudadanos atérranse ante tu presencia y no se atreven á pronunciar palabra temerosos de irritarte; pero á mí me es fácil recoger sus secretas conversaciones y sé cuanto llora Thebas la suerte de esa joven (1). ¡Una doncella, la más inocente del mundo, por una acción que merece toda alabanza, ha de ser castigada con muerte tan horrible! Pues qué, ¿no es digna de admiración una joven que no consiente que quede insepulto, y para ser presa de los perros y de los buitres, el cadáver de un hermano, que sucumbió en el combate? Tal es el secreto sordo rumor, que circula por el pueblo.

En cuanto á mí, no encuentro bien más

(1) Hemón pone hábilmente en boca del pueblo lo que él no se atreve á decir directamente á su padre. Aristóteles cita este pasaje en su *Rhetorica*, III, c. 17, como ejemplo de artificio oratorio.

precioso que tu prosperidad: pues ¿qué honor más grande para un hijo que la gloria de su padre, ni para un padre que la de sus hijos? Por esto, pues, te ruego que no te ciegues, creyendo solo bueno tu modo de sentir y no otro alguno: los que pretenden poseer solos la prudencia, la elocuencia y la razón, puestos en evidencia, se ve muy frecuentemente que no las tienen. El hombre, por sabio que sea, jamás debe ruborizarse de aprender; y no debe llevar la contra más allá de lo razonable. El árbol flexible, azotado por el engrosado torrente, se conserva con su ramaje; pero ¡ay! aquel que resiste, se ve arrancado de cuajo hasta la raíz: tal el que se obstina en navegar á vela desplegada contra viento y marea, encuéntrase después, mísero náufrago, obligado á bogar sobre los pedazos del esquife destrozado.

Calma tu cólera, padre mío, y revoca tu decreto. A pesar de mi juventud creo poseer alguna reflexión, y opino que el primero de los mortales es aquel en el que abunda la sabiduría; pero también juzgo que en los casos en que nuestra razón se halla ofuscada (como acontece frecuentemente) bueno y honroso es el aprender de los que hablan con prudencia.

EL CORO

¡Oh rey! te conviene no desoir lo que hay de justo en ese discurso;—y tú, escucha á tu padre también, que los dos os expresais con suma rectitud.

CREONTE

¿Con que á mis años he de recibir yo lecciones de un mozo de esta edad?

HEMÓN

Me parece que nada he dicho fuera de razón. Soy joven ciertamente; pero no es mi edad lo que conviene examinar, sino mi consejo.

CREONTE

Y todo tu consejo se reduce á que miremos con consideración á los que desobedecen las leyes.

HEMÓN

Jamás he pretendido que mires con respeto la maldad.

CREONTE

¿Y no es esa la enfermedad de nuestra prisionera?

HEMÓN

No lo creen así los ciudadanos de Thebas.

CREONTE

¡Los thebanos! ¿Y son los thebanos los que han de imponerme á mí las órdenes que yo debo dictar?

HEMÓN

¿Lo ves padre mío? Acabas de hablar como un mancebo.

CREONTE

¿Pues quién si no yo tiene derecho á gobernar en este pais?

HEMÓN

Una ciudad no es ciudad desde que se la mira como propiedad de uno solo.

CREONTE

¿Pues no se tiene como dueño de una ciudad al que la gobierna?

HEMÓN

En buen hora; pero en ese caso reinarás en un país desierto.

CREONTE

Este se ve que aboga por la mujer.

HEMÓN

En verdad, si tú eres una mujer; pues ante todo yo no me intereso más que por tí.

CREONTE

¡Oh, el más vil de los hombres! ¡Tú has venido á acusar á tu padre!

HEMÓN

Porque te veo pecar con injusto motivo.

CREONTE

¡Cómo! ¿Es una cosa injusta el que yo mantenga mis derechos?

HEMÓN

No los sostienes al conculcar el respeto debido á los dioses.

CREONTE

¡Miserable corazón subyugado por una mujer!...

HEMÓN

Jamás, nunca me verás ceder á pasiones vergonzosas.

CREONTE

¿Pues todo tu discurso no se reduce á hablar en pro de ella?

HEMÓN

Y también por tí, y por mí, y por los dioses infernales.

CREONTE

Pues á esta te prometo que no la gozarás viva por esposa.

HEMÓN

Morirá, sea; pero alguien perecerá también con ella.

CREONTE

¡Cómo! ¿Llevas tu insolencia hasta amenazarme?

HEMÓN

¿Qué amenaza hay en rebatir tus fútiles sentencias?

CREONTE

¡Insensato! ¡Cuántas lágrimas te han de costar tus lecciones de sabiduría!

HEMÓN

Si no fueras mi padre, diría que habías perdido el juicio.

CREONTE

¡Vil esclavo de una mujer, no me importunes más con tus garrulerías!

HEMÓN

Tú dices lo que se te antoja; y, después que hablas, no quieres á tu vez oir.

CREONTE

¿De veras?... Pues acuérdate, y lo juro por el Olimpo, que no me has de haber ultrajado impunemente.

¡Ola! Que se lleven al punto á esa mujer aborrecible, y que inmediatamente sucumba ante los ojos y en presencia de su amante.

HEMÓN

No; ante mis ojos, en mi presencia no morirá, ni tampoco tú me volverás á ver; te dejo ejercer tus furores en medio de los cobardes amigos que los sufren.—*(Vase con airada precipitación.)*

## EL CORO Y CREONTE

EL CORO

¡Oh, Rey! Se ha marchado transportado de cólera. De un corazón como el suyo, hay que temer algo grave en la vehemencia de su dolor.

CREONTE

Váyase en buen hora y que obre y piense de modo superior al de todos, el hombre; pero á estas dos mujeres no las librará de la muerte.

EL CORO

¿A las dos, á las dos las vas á hacer perecer?

CREONTE

A la que no ha tocado al muerto, no; tienes razón.

EL CORO

¿Y qué suplicio le tienes preparado á la otra?

CREONTE

Conducida á un lugar desierto, donde no se encuentre huella humana, la haré encerrar viva en la profundidad subterránea de una roca, con el alimento preciso (1) que exige la expiación, y para evitar á la ciudad entera el crimen de su muerte. Una vez allí que implore á Plutón, único de los dioses á quien ella venera, y tal vez obtenga el no morir; pero se convencerá, probablemente, que es trabajo inútil rendir culto á los manes.—*(Métese en palacio.)*

---

## CORO

LOS COREUTAS *(solos)*

*Estrofa 1.ª*

¡Amor! invencible, indomable Amor! tú hic-

(1) Al que se condenaba á morir de hambre se le dejaba (para preservarse de la expiación) con que alimentarse durante un día. Los romanos observaban las mismas precauciones para el suplicio de las Vestales.

res al poderoso del propio modo que te posas sobre las delicadas megillas de la doncella; lo mismo atraviesas los mares, que te introduces en la rústica cabaña; no se libran de tí los dioses inmortales, ni el hombre de efímera existencia; ¡ah! el corazón de que te apoderas es presa del furor.

*Antistrofa 1.ª*

Tú arrastras á los buenos al crimen y á la injusticia; tú eres quien acaba de suscitar esa reyerta entre el padre y el hijo. De todo triunfa el amor que inspiran los ojos de una hermosa. El amor preside con los dioses á las leyes de la naturaleza. ¡Cómo juega con nosotros la irresistible Afródita!...

Yo mismo en este instante, rebelde á los mandatos de Creonte, no puedo contener el raudal de mis lágrimas, viendo á Antígona caminar hácia la mansión en que se duerme el eterno sueño.

## ANTÍGONA Y EL CORO

ANTÍGONA

*Estrofa 1.ª*

¡Ciudadanos de Thebas, mi patria! miradme colocada en el sendero fatal, y por última vez contemplando la claridad del Sol: ya nunca más lo veré!... El dios del Averno, que todo lo aletarga, me conduce viva á las márgenes del Aqueronte, sin haber gozado del tálamo nupcial, antes de haber resonado para mí los cantos del himeneo; mi esposo será el Aqueronte.

LOS COREUTAS

Pero de cuánta fama y de cuán inmensa gloria acompañada, vas á ingresar en ese sombrío asilo de la muerte. Sin haber sido consumida por lenta enfermedad, sin haberte visto reducida á la servidumbre como botín de guerra, tú sola entre los mortales, vas á descender libre, y aún viva, en el Imperio de Plutón.

ANTÍGONA

*Antistrofa 1.ª*

Yo sé de qué muerte deplorable pereció, en la cumbre del Sypilo, la Figia hija de Tántalo (1), á la cual se adhirió como la hiedra la roca que germinó en torno de ella para envolverla. Desde entonces, según cuentan los hombres, se halla eternamente cubierta de nieve y azotada por la lluvia, cayendo de sus párpados sin cesar las lágrimas que inundan su seno (2). Semejante á la de ella me tiene preparado mi suerte el destino.

LOS COREUTAS

Empero ella era una deidad y de dioses des-

(1) Niobe.

(2) Ovidio, *Metamorph.* VI, 310—2: *Flet tamen, et validi circumdata venti,— In patriam rapta est, ubi fixa cacumine montis,—Liquitur, et lacrymas etiam nunc marmora manant.* Pausanias nos explica (I, c. 21) el origen de esta tradición de Niobe del siguiente modo: «Yo mismo, dice, he visto con mis ojos á esta Niobe, subiendo el monte Sypilo: la próxima roca escarpada presenta la presencia de una mujer llorando.»

cendiente; nosotros somos humanos y nacidos de mortales. Así, pues, será más gloriosa tu muerte; pues que tu destino es semejante al de los dioses.

ANTÍGONA

*Estrofa 2.ª*

¡Ay! Se mofan de mí... En nombre del Cielo, ¿por qué me insultais? ¿Por qué me ultrajais antes de morir, cuando todavía no he desaparecido de la tierra? Patria mía, opulentos hijos de esta ciudad, fuentes dircéas, bosques sagrados de la belicosa Thebas, vosotros sois testigos del abandono en que me veo, y del cruel decreto por el que me llevan á ser encerrada en una prisión para que me sirva de sepultura.—¡Mísera de mí! no voy á habitar ni con los vivos ni con los muertos.

LOS COREUTAS

Elevada, por un extremo de temeridad, al alto sólio de la Justicia, has caido nuevamente. Sin duda, hija mía, tú expías algún crimen de tus antepasados.

ANTÍGONA

*Antistrofa 2.ª*

Me has despertado el recuerdo de nuestras dolorosas desgracias, la desdicha de un padre que afectó á tres generaciones, y la triste fatalidad que pesa sobre nosotros los ínclitos Labdácidas. Fatal himeneo de mi madre, enlace incestuoso, que unió á una madre y á un hijo infortunados, y del cual nací yo, por mi desgracia. Cargada de imprecaciones, y privada de la dicha del himeneo, voy á reunirme con los autores de mis días.

¡Oh, hermano mío! qué funesta unión has llevado á cabo!... Sucumbiste, y á mí, viva, me has asociado á tu muerte.

LOS COREUTAS

Honrar á los difuntos es ciertamente un acto de piedad; pero la autoridad de los que mandan debe también ser acatada. La fiereza de tu carácter te ha perdido.

ANTÍGONA

*Epodo*

Sin amigos, sin esposo, sin ser de nadie llorada, voy á emprender mi último camino. Ya no volveré á ver jamás, ¡infortunada! el ojo sagrado del día. Mi desgracia por nadie será llorada. Ni un solo amigo derramará por mí una lágrima!...

---

LOS MISMOS Y CREONTE, QUE SALE PRECIPITADAMENTE

CREONTE

No conoceis que si estos llantos y lamentaciones sirvieran á los condenados á muerte, ¿no habría uno que les pusiera término?—Ea, pues, llevárosla sin dilación; y, encerrada en su tumba subterránea, muera, si gusta, y si no, que viva cuanto quiera dentro del sepulcro.—Nosotros quedamos exentos del delito

de sacrilegio por lo que respecta á esa joven; y ella cesará por su parte de tener comunicación con este mundo.

ANTÍGONA

¡Oh tumba! lecho nupcial, morada subterránea de donde no saldré jamás, me voy á reunir con los míos,— casi todos entre los muertos ya recibidos por Proserpina, — antes que el destino haya señalado el término de mis días. Abrigo, al menos, la esperanza de que allá mi presencia será grata para mi padre, así como para tí, madre mía, y para tí tambien, querido hermano: porque yo he sido la que con mis propias manos os lavé y exorné después de muertos, y os honré con fúnebres libaciones. Y por haber sepultado tus restos ¡oh mi caro Polynice! ya vés cuál es la recompensa. Sin embargo, yo creo que te he dispensado los debidos honores, á juicio de los hombres sensatos. Si yo hubiera sido madre, ó si fuera mi esposo el que quedara insepulto, jamás hubiera menospreciado las leyes del Estado, cumpliendo este penoso deber. ¿Qué principio me lleva á pensar esto que digo? ¡Ah! porque el esposo muerto puede ser

reemplazado eon otro, y un segundo hijo puede reparar la pérdida del primero; pero habiendo bajado al sepulcro los autores de nuestros días, nadie me puede dar un nuevo hermano. Movida de estos sentimientos, y olvidándolo todo para tí, te he tributado, hermano mío, los honores que ha eonsiderado Creonte como un erimen y una audacia horrible. Y héme aquí condueida á la muerte, sin haber gozado de las dulzuras del himeneo, ni de la ternura de un esposo, ni de las delieias de la maternidad. Sola, desamparada, sin amigos, voy á deseender, en vida, á la región subterránea de los muertos... ¿Qué crimen he cometido yo eontra vosotros, oh dioses?... ¿Pero de qué me sirve dirigir mis ojos al Cielo?.... ¿Qué soeorro puedo ya esperar, euando en premio de mi piedad, me veo tratada eomo una impía?...Si los dioses aprueban mi muerte, yo sufriré resignada el castigo de mi falta; pero si soy inoeente... que sufran la misma pena los que tan injustamente me castigan!

EL CORO

Continúa aún poseida del mismo vértigo que viene agitando su alma.

CREONTE

Tanta lentitud, quizá cueste algunas lágrimas á sus conductores.

ANTÍGONA

¡Ay!... esas duras palabras son mi última sentencia.

CREONTE

De modo alguno has de confiar que quedará sin que se cumpla.

ANTÍGONA

¡Oh! Thebas, patria mía, dioses de mi familia!... (1) ni un momento más... ¡al fin me llevan!... Mirad, jefes thebanos, mirad á una princesa, último vástago de una dinastía de reyes, el ultraje que recibe de parte de los hombres, por haber rendido culto á la piedad. *(Vase.—Queda en escena Creonte con el coro.)*

(1) Estos dioses tutelares que invoca Antígona eran Marte y Venus, padre y madre, y Harmonía, esposa de Cadmo; y además Semelé, Zethos y Amphión.

## CORO

*Estrofa 1.ª*

Del propio modo se vió privada Danae de la claridad de la luz, en su prisión de bronce, oculta á todos los ojos y cautiva en su sepulcro,—á pesar de ser ilustre su origen, hija mía, y de haber fecundado su seno Júpiter transformado en lluvia de oro. Pero el poder del Destino es incontrastable (1): sin que puedan librarse de él ni la riqueza, ni el fiero Marte, ni los fuertes castillos, ni las naves en cuyos negros costados se estrellan las olas.

*Antistrofa 1.ª*

Así también se vió encadenado el impetuoso hijo de Dryas, rey de los Edonios; por su violencia y maneras impetuosas fué encerrado por Baco en una prisión de piedra. Tales terribles venganzas suscita el furor. Él recono-

(1) Cantan la ley inexorable del *Destino*, según era concebida por el fatalismo antiguo.—Sobre los personajes mitológicos que se citan véase á Homero: *Iliada*, XIV, 130; Virgilio, *Eneida*: III, 14; Diodoro, IV, 4, 43-44.

ció al fin al dios á quien, en su insania, había ofendido con acerbas blasfemias: habiendo cohibido á sus sacerdotisas delirantes y apagado el fuego sacro, y ofendido á las musas, amantes de la armonía.

*Estrofa 2.ª*

No lejos de las aguas Cyaneas, que corren entre ambos mares, junto á las playas del Bósforo y del hospitalario Salsmydesso de Tracia, el dios Marte, adorado en aquellos lugares, vió á los hijos de Fineo execrablemente vulnerados por su cruel madrastra con los ojos fuera de sus órbitas, pidiendo venganza, arrancados no con la lanza, sino por sangrientas manos con la aguda punta de la lanzadera.

*Antistrofa 2.ª*

¡Desdichados! transidos de dolor, se lamentaban de su mísera suerte, deplorando el himeneo fatal de la madre que en mal hora los había dado á luz. Y sin embargo, ella descendía de la antigua familia de los Erechthidas. Hija de Boreas, se había criado en los antros profundos, en medio de las tormentas pater-

nales, y con la rapidez de los corceles recorría las llanuras de los hielos. Era de sangre de dioses; y sufrió á pesar de ello, los rudos golpes de las inmortales Parcas, hija de mi corazón!...

---

## LOS MISMOS Y TÍRESIAS

TÍRESIAS

¡Próceres de Thebas! Aquí me teneis en compañía del que me conduce y que ve por los dos: el ciego no puede marchar sin un guía.

CREONTE

Respetable Tíresias, ¿qué te trae por aquí?

TÍRESIAS

Voy á decírtelo; pero has de obedecer á este viejo adivino.

CREONTE

Hasta ahora nunca me he separado de tu consejo.

TÍRESIAS

Razón por la que has gobernado tan felizmente la ciudad.

CREONTE

Reconozco ciertamente los buenos servicios que te debo.

TÍRESIAS

Pues reflexiona que en este momento te hallas al borde de un precipicio.

CREONTE

¿Qué ocurre? Tus palabras me causan horror.

TÍRESIAS

Pues vas á saberlo, si escuchas lo que presagia mi ciencia. Sentado me hallaba en mí antigua silla augural, teniendo junto á mí un receptáculo de aves de toda especie, cuando súbitamente oigo que arman un estrépito tre-

mendo, clamando con unos gritos salvajes y de mal agüero, y conocía que se estaban desgarrando las unas á las otras, por el vehemente batir de sus alas.

Temblando de espanto acudí á hacer un sacrificio en el fuego de los altares; pero la llama brillante no salia de las víctimas; sino que la grosura de las piernas se derretía, y se absorbía en las cenizas, levantando luego una espesa, rugiente humareda, y quedando los huesos de los miembros dispersos y separados de la grasa que los envolvía. Tales son los pormenores de que me daba cuenta este niño —¡y que son presagios funestos de un sacrificio inútil!...—Porque este niño es quien á mí me guía como yo dirijo á los demás.

Y estos males han sobrevenido á la ciudad por tu causa; porque nuestras aras y nuestros hogares están repletos de los despojos de las aves y de los perros que se han nutrido con el cadáver del mísero hijo de Edipo. Los dioses, pues, no aceptan ni nuestras preces, ni nuestros sacrificios, ni la llama de nuestras víctimas: ni ave alguna exhala grito de buen agüero, pues se han abrevado en la sangre de aquel cadáver.

Medita en esto, hijo mío. El error es común

á todos los mortales; pero el que yerra, si repara los males causados por su error, si no permanece impasible, obra feliz y sábiamente. La arbitrariedad es madre del error. Cesa, pues, de molestar á ese difunto; deja de herir á un cuerpo inerte. ¿Qué valor hay en matar á un muerto segunda vez? Este consejo me lo inspira tu interés; mira que son útiles siempre los avisos de la prudencia.

CREONTE

¡Viejo! Veo que venís todos como arqueros á lanzar vuestros dardos contra mí. Los adivinos turban ahora mi reposo; antes los de mi familia me han vendido como mísera mercancía. Seguid todos en vuestro tráfico, ganaros todos el *electron* de Sardes y todo el oro de la India; pero á ese no lograreis, no, que se le dé sepultura; aunque las águilas de Jove quisieran llevarle en pedazos como ofrenda ante el trono del rey de los dioses, ni aun así, permitiría su inhumación. Y no temiera cometer con ello profanación: porque yo sé bien que los dioses están al abrigo de las profanaciones de los mortales.

¡Oh, anciano! Los hombres mas hábiles se

exponen á dar vergonzosas caidas, cuando el afán de la ganancia los mueve á pronunciar discursos bochornosos.

TÍRESIAS

¡Ay! Cualquiera puede conocer ó imaginar...

CREONTE

¿Qué? Veamos qué nueva vulgaridad vas á decir...

TÍRESIAS

Cuán superior y preferible es la prudencia á todos los bienes del mundo.

CREONTE

Como, á mi juicio, la insensatez es el más funesto de los males.

TÍRESIAS

Esa es la enfermedad que estás plenamente padeciendo tú en estos instantes.

CREONTE

Válgate que no puedo devolver á un sacerdote injuria por injuria.

TÍRESIAS

Y sin embargo, acabas de ultrajarme, calificando mis vaticinios de imposturas.

CREONTE

Todos los de la casta hieromántica sois aficionados al dinero.

TÍRESIAS

La raza de los tiranos es la que ambiciona el sórdido provecho.

CREONTE

¿No sabes tú que es á un Rey á quien se dirigen tus palabras?

TÍRESIAS

Lo sé muy bien: como que, gracias á mí, pudiste salvar á esta ciudad.

CREONTE

Eres en verdad un hábil adivino; pero te complaces en la injusticia.

TÍRESIAS

Al fin me obligarás á descubrir lo que me proponia tener perpétuamente sepultado en mi corazón.

CREONTE

Descúbrelo; pero que no mueva tu lengua la codicia.

TÍRESIAS

Yo no estoy hablando en interés mío, sino en el tuyo.

CREONTE

No conseguirás de ninguna manera engañarme.

TÍRESIAS

Pues bien. Sábete que no terminará muchas

veces el sol su carrera sin que un fruto de tu sangre haya pagado con su vida la muerte de la que tú has aprisionado bárbaramente bajo tierra, de la que has encerrado viva en la tumba. Tú has arrebatado á los dioses infernales el cadáver de aquel á quien has privado de la sepultura y de los fúnebres honores: para lo que no tienes tú poder; para lo que no le tienen ni aun los númenes celestes: que solo te lo ha otorgado la violencia. Las furias vengadoras, esas terribles divinidades del Averno, que persiguen el crimen para castigarlo, se aprestan á enviarte la tremenda desgracia. Ve ahora si es la codicia quien ha dictado mi lenguaje. Bien pronto oirás en tu palacio los lamentos de los hombres y de las mujeres; bien pronto se levantarán contra tí las ciudades enemigas, las ciudades, en que los perros, los monstruos salvajes y los buitres *han celebrado los funerales* con los pedazos del difunto, llevando la impura fetidez á los hogares. Ahí tienes, ya que has encendido mi cólera, el dardo que, como hábil ballestero, te clavo en el corazón, y cuyo golpe flamante en vano tratarás de evitar.

Tú, muchacho, condúceme nuevamente á mi morada, y que en adelante desahogue éste

su furor con otros más jóvenes, y aprenda á mantener su lengua en silencio, y á sentir en su alma con más moderación.—*(Márchase con el muchacho.)*

---

## CREONTE Y EL CORO

EL CORO

El adivino, príncipe, se ha marchado pronunciando terribles predicciones; y nos consta (desde nuestra juventud hasta ahora en que la edad ha blanqueado nuestros cabellos), que jamás han desmentido los hechos sus oráculos.

CREONTE

También yo lo reconozco... Mi espíritu se turba... Me es ingrato ceder;... pero si resisto veré también ingratamente castigada mi resistencia con la desgracia.

EL CORO

La prudencia es necesaria, hijo de Meneceo.

CREONTE

¿Y qué es lo que debo hacer? Habla, estoy dispuesto á obedecer.

EL CORO

Marcha, pues, y saca á esa joven de su prisión subterránea: y después eleva una tumba al que tienes privado de ella.

CREONTE

¿Opinas de ese modo? ¿Crées que debo ceder?

RL CORO

Ciertamente, príncipe, y sin perder un solo momento: que los castigos del cielo contra los culpables vienen con rapidez y por el más corto camino.

CREONTE

¡Ay!... con cuánto pesar desisto de mi intención; pero no se puede luchar contra la fatalidad (ἄναγκῆ).

EL CORO

Apresúrate á ejecutar eso por tí mismo; no comisiones para ello á nadie.

CREONTE

Parto sin dilación. ¡Vosotros, siervos que estáis presentes y los que están ausentes, todos, coged vuestras hachas y corred á lo alto de la montaña! (*donde yace Polynice*). . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En cuanto á mí, puesto que he cambiado de resolución, puesto que yo la aprisioné, yo mismo voy á ponerla en libertad... Me temo que no sea el partido más prudente el aferrarme á la ley establecida.—*(Márchase con sus criados)*.

## CORO (1)

*Estrofa 1.ª*

Tú, á quien los hombres adoran bajo nombres diversos; tú, gloria de Cadmo, hijo del poderoso señor del trueno, dios protector de la famosa Italia, que presides con Ceres las fiestas solemnes de Eleusis ¡oh, Baco! tú habitas la ciudad querida de las Bacantes, Thebas, junto á las márgenes del Ismeno, donde fueron diseminados los dientes del fiero dragón.

*Antístrofa 1.ª*

En tu honor se eleva la brillante llama de los sacrificios en la montaña de doble cumbre que recorren las Bacantes, ninfas Corycias, y á la que riegan las aguas de la fuente Castalia. Tú atraviesas las colinas de la montaña de Nysa cubiertas de espesa yedra y sus verdes

(1) Himno á Baco libertador. Se recuerda á su madre Semelé, la hija de Cadmo; y todos los lugares donde se rendia culto á Baco, entre los cuales estaba su querida ciudad Thebas. Se le invoca para que venga á salvarla de las calamidades que la afligen.

faldas de numerosos viñedos, y cantos de alegría saludan tu presencia, cuando visitas los muros de Thebas...

*Estrofa 2.ª*

La ciudad honrada con su predilección entre todas, del propio modo que lo fué por tu madre herida por el rayo. En estos momentos en que una plaga terrible amenaza á todos estos ciudadanos, ven á nosotros, salva con rápido pie la cumbre del Parnaso ó las olas mugidoras del Estrecho.

*Antistrofa 2.ª*

¡Oh, tú, mancebo, que conduces el coro de los astros; tú que presides los cantos nocturnos, hijo de Júpiter, comparece ante nosotros acompañado de las hijas de Naxos, de las Thyadas que celebran en danzas delirantes á Baco su soberano.

## UN MENSAJERO, CRIADO O SIERVO DE CREONTE, Y EL CORO

EL MENSAJERO

Habitantes del palacio de Cadmo y de Anfion, á ningún ser viviente se puede considerar como dichoso ni como desgraciado, mientras existe; porque sin cesar la voluble Fortuna nos levanta ó nos abate, nos envía la prosperidad ó nos sume en la desgracia, sin que haya adivino que pueda leernos lo porvenir por lo presente.

Creonte era, á mi juicio, digno ha poco de ser envidiado; él había librado de sus enemigos á esta tierra de Cadmo; él reinaba prósperamente como señor absoluto del país; una prole generosa aumentaba su gloria... hoy todo ha desaparecido. Que el hombre cuando pierde la dicha, ante mis ojos ya no vive; para mí es un cadáver que respira. En vano posees en tu palacio inmensos tesoros; el regio fausto en vano te circunda. Si has perdido la alegría, todo lo demás, comparado con ella, es menos que humo, menos que vana sombra.

EL CORO

¿Qué nueva desgracia ocurrida á nuestros reyes vienes á anunciarnos?

EL MENSAJERO

¡Han muerto!... Y los que viven son la causa de su muerte.

EL CORO

¿Quién es el asesino? ¿Cuál es la víctima? Habla.

EL MENSAJERO

Hemón ya no existe: con mano propia se ha desangrado.

EL CORO

¿Con la suya propia quieres decir, ó con la de su padre?

EL MENSAJERO

Él mismo se ha dado muerte, irritado con-

tra su padre por el suplicio de su Antígona.

EL CORO

¡Oh, Tíresias, cuán verdaderas eran tus predicciones!

EL MENSAJERO

En tal estado estas cosas, me parece conveniente que se delibere sobre lo demás.—*(Se ve salir de palacio á la Reina.)*

EL CORO

Pero veo que se acerca la infortunada Eurydice, esposa de Creonte. Ella sale de palacio: ¿la trae la casualidad, ó se ha enterado de la desgracia de su hijo?

## LOS MISMOS Y EURYDICE

EURYDICE

¡Oh, vosotros, ciudadanos, cuantos estáis aquí presentes! He oído algo de lo que aquí se

ha dicho en el momento en que salía para ir á ofrecer mis súplicas á Palas. Abrí las puertas de palacio y el rumor de las degracias de mi casa hirió mis oídos; trémula y yerta de espanto, caí desmayada en los brazos de mis siervas. Ahora, decidme lo que se ha contado; repetídmelo, todo lo escucharé, ya no hay desgracia que me quede por probar en el mundo.

EL MENSAJERO

Yo mismo, cara reina, he sido de ello testigo, y hablaré sin ocultar nada de la verdad; pues ¿de qué serviría el mitigarla, cuando después tendría que descubrirse nuestro engaño? La verdad es siempre nuestro recto camino.— Yo seguía á tu esposo, guiándole hacia la extremidad de la llanura, donde yacía aún despiadadamente entregado á la voracidad de los perros, el cadáver de Polynice. Una vez allí, elevamos nuestras preces á la Trivia Diosa y á Plutón, demandándole que depusiesen su enojo y nos fuesen propicios; rociamos sobre el difunto el agua lustral; reunimos ramas recien cortadas; entregamos á la combustión aquellos restos, y le erigimos una excelsa sepultura con

tierra de la patria. Desde allí nos encaminamos seguidamente haeia la caverna donde la mísera doneella eneontró el tálamo nupcial de la Muerte. Aún nos hallábamos lejos, euando uno de nosotros oyó elaramente unos gritos que salian del fondo de aquella tumba privada de los honores fúnebres, y eorrió á anunciárselo al rey. Aproximóse Creonte, y no tardó en oir el sonido confuso de un elamor gemebundo, y exhalando un suspiro, dijo: «¡Ay, mísero de mí! ¿Debo creer en mis pensamientos? ¿Es un eamino funestísimo el que sigo en estos instantes? La voz de mi hijo ha vibrado en mis oídos. Corred, volad, siervos hacia la tumba de Antígona, quitad el montón de piedras que eierra la entrada, y examinad eon vuestros ojos en la eaverna si es realmente de Hemón la voz que estoy oyendo, ó si me veo engañado por los dioses.» Hicimos la exploración, según las órdenes de nuestro señor, y en lo profundo de aquel antro vimos ¡horror! á la doneella suspendida por el euello á un lazo fatal tegido con los hilos de su velo; y al lado de ella al otro que la estreehaba entre sus brazos, deplorando la muerte de su esposa, las obras de su padre, y sus nupeias infortunadas. Al verle, éste exhaló un profundo suspiro y

penetrando en lo interior, se arrojó hacia él, gritando dolorosamente: «¿Qué has hecho, desgraciado? ¿Qué pretendes ejecutar ahora? ¿Por qué te precipitas á tu perdición? Sal de aquí, hijo mío; te lo pido suplicándotelo.» Su hijo le lanzó una furiosa mirada, y rechazándole con desdén y sin responder palabra, desenvainó su espada de dos filos. Creonte se retiró y evitó el golpe; entonces el infeliz, irritado contra sí mismo, la clavó en el fondo de su pecho; y, dueño aún de sus sentidos, cogió á Antígona en sus brazos desfallecientes; luego exhaló un último violento suspiro, desapareciendo toda la sangre de sus pálidas megillas (1). De tal manera quedó sin vida al lado de la difunta, habiendo encontrado su infortunado himeneo en la mansión de Plutón. Triste ejemplo que enseña á los hombres, ser la temeridad el más funesto de todos los males.—*(La Reina, después de escuchar el relato, se retira sin pronunciar palabra.)*

---

(1) Propercio, II, 8 y 21.

*Quid? non Antígonæ tumulo Bœotius Hemon*
*Corruit ipse suo saucius ense latus?*
*Et sua cum misere commiscuit ossa puellæ*
*Qua sine thebana noluit ire domum?*

EL CORO

¿Pero qué debemos augurar de esto?... Esa mujer se ha marchado de nuevo sin contestar palabra mala ni buena.

EL MENSAJERO

Yo mismo me he quedado también estupefacto; abrigo, sin embargo, la esperanza de que ella, enterada ya de las desgracias de su hijo, no habrá querido ofrecer á los thebanos el espectáculo de su dolor, y se habrá ido á palacio á comunicar el triste caso á sus siervas para hacer el duelo. La juzgo demasiado prudente para cometer ningún atentado.

EL CORO

No sé... pero lo mismo el dolor mudo que el que estalla en grítos violentos, me parecen de funesto augurio.

EL MENSAJERO

Bien pronto lo sabremos.—Entremos en Palacio y veamos si en su desesperación me-

dita algún siniestro designio... porque, con razón decís que lo que hay aquí de grave es su completo silencio.—*(Váse el mensajero.—Aparece Creonte con su servidumbre, trayendo en hombros el cadáver de Hemón.)*

EL CORO

El rey Creonte se presenta... Trae en brazos *un monumemto,* que habla muy alto... Tan tremenda desgracia ¡ay! justo es reconocerlo, no ha sido obra de extraños, no; él solo ha sido el culpable.

## CREONTE Y EL CORO.—OTRA VEZ EL MENSAJERO

*Estrofa 1.ª*

CREONTE

¡Oh fatal error, cruel irreparable error de mis sentidos perturbados!... ¡Ah! vosotros los

que contemplais á los miembros de una misma familia, los unos dando la muerte, cadáveres los otros... ¡Infaustos consejos mios!.. ¡hijo de mi corazón! has muerto en la flor de tu juventud... y yo, tu padre... ¡ay! ¡ay!... yo mismo he sido quien con su temeridad te ha asesinado.

EL CORO

¡Ah! muy tarde reconoces la justicia de los dioses.

CREONTE

*Estrofa 2.ª*

¡Mísero de mí! tarde, sí la he reconocido. Alguna Deidad, irritada contra mí, trastornó mi juicio, y me precipitó en la senda de la crueldad; y con pié despiadado ¡ay de mí! ha derrumbado toda mi felicidad... ¡Ay!... ¡ay! vanidad de los proyectos humanos!...

EL MENSAJERO *anterior, que sale de Palacio.*

¡Señor! gran cúmulo de males caen sobre tí: tienes ante tus ojos este espectáculo doloroso, y te esperan además otras desgracias en tu Palacio.

CREONTE

¿Qué mayores desgracias puedo esperar aún que las que estoy sufriendo?

EL MENSAJERO

Tu esposa, la madre de ese hijo que lloras, ha muerto. ¡Infortunada! herida mortalmente, acaba de espirar.

CREONTE

*Antistrofa 1.ª*

¡Inexorable Plutón! ¿por qué, por qué te obstinas en consumar mi perdición?... Y tú; mensajero fatídico de dolores, ¿qué es lo que has venido á contarme?... has venido ¡oh Dios!

á concluir con mi vida... ¿qué es lo que has dicho?... ¿qué fatal nueva me has traido?... ¡Cielos! no era bastante con mi hijo, y la Muerte sangrienta me arrebata también mi querida esposa.—*(Se descubre el interior de palacio y se pone de manifiesto el cadáver de la Reina.)*

EL CORO

Puedes verla... y no allá en lo reservado de tu palacio (1).

CREONTE

*Antistrofa 2.ª*

*(Comtemplando el cadáver de Eurydice, y todavía con el de Hemón en sus brazos).*—¡Desgraciado de mí! veo con mis ojos mi última desdicha: ¿qué nuevo infortunio puedo ya esperar? tengo en mis brazos el cuerpo de mi hijo, y en frente el cadáver de esa infeliz... ¡Oh esposa desgraciada!... ¡hijo mio!... ¡hijo mio!...

---

(1) Abiertas las puertas de palacio, se presentaba el cadáver de la reina, por medio de *ekcyclema*, máquina ó tramoya que empleaban en tales casos.

EL MENSAJERO

Esa... herida mortalmente, y después de girar moribunda en torno del ara sagrada, cerró por último los ojos á la luz, habiendo llorado primero la muerte gloriosa de su hijo Megareo, difunto antes que éste; luego la de éste; lanzando, por último, su maldicion sobre tí, por considerarte el asesino de su hijo.

CREONTE

*Estrofa 2.ª*

¡Cielos!! ¡dioses!! mis sentidos se hielan de horror!... ¿Por qué no me hundís una espada en el corazón?... ¡Mísero de mí!, la terrible FATALIDAD me acosa por todos lados!...

EL SIERVO

Sí; al morir, te hacía á tí el culpable de su muerte y de la de su hijo.

CREONTE

Pero, ¿cómo ha ocurrido su muerte?

EL SIERVO

Clavándose una espada en el costado, tan luego como supo el deporable fin de su hijo·

CREONTE

*Estrofa 3.ª*

¡Ay de mí! Yo he sido la causa de tantos males. ¡Yo he sido, yo, el que te he dado la muerte... yo solo! es verdad... ¡Siervos míos! sacadme al punto de aquí; llevadme lejos, lejos de estos lugares ¡Yo ya dejé de ser!...

EL CORO

Eso que has resuelto está bién, si es que puede haber algún bien en el mal. Las penas que se abrevian, se hacen más soportables.

CREONTE

*Antistrofa 2.ª*

¡Que venga! ¡que venga! que se presente mi muerte! Venga, y será mi día más feliz el úl-

timo día de mi vida! ¡que venga!... que no vea yo más la luz!!

ELMENSAJERO

Eso ya sucederá. De lo presente es de lo que debemos ocuparnos; de lo porvenir ya se cuidarán aquellos á quienes incumbe.

CREONTE

Es que lo deseo... lo pido suplicante.

EL MENSAJERO

Déjate ahora de súplicas. De los mortales ninguno hay que pueda librarse de los infortunios que le manda el Destino.

CREONTE

*Antistrofa 3.ª*

Sacad, os ruego, de estos lugares, á este desventurado, que á su pesar ha causado tu muerte, hijo mio, y la tuya también, cara esposa... ¿A dónde, á dónde dirigir mis mira-

das, desdichado de mí? ¿á dónde encaminar mis pasos? No veo delante de mis ojos sino ruina y desolación; de tal manera el Hado inexorable se ha desencadenado contra mí.

---

EL CORO

La prudencia es una primera fuente de ventura; pero es preciso además no ser irreligiosos, y reverenciar á la Divinidad. Los discursos presuntuosos de los hombres altivos, les originan terribles infortunios, que enseñan, aunque tarde, á apreciar la Sabiduría.

FIN DE « ANTÍGONA. »

Granada, 1889.

# LA APOLOGÍA DE SÓCRATES

# LA APOLOGÍA DE SÓCRATES

## POR JENOFONTE

### INTRODUCCIÓN

Es la *Apologia de Sócrates escrita por Jenofonte*, uno de los documentos referentes al suceso quizás más trascendente de la historia de Grecia y uno de los más interesantes que registra la historia de la humanidad: al *Proceso y muerte de Sócrates* (1), del gran filósofo que si pudo perecer un día por la airada saña de sus

(1) Además de la Apología de Jenofonte, que somos los primeros en publicar traducida y comentada en lengua española (por lo menos no tenemos noticia de ninguna otra versión castellana) se conservan otras piezas del mismo escritor, y de Platón, referentes al propio asunto.

compatriotas, en cambio vivirá eternamente en la memoria de los siglos. Y es interesante todo este trágico suceso; no sólo por sus sublimes conmovedores episodios, sino porque se dió entonces por primera vez en la Grecia, en el pueblo de la antigüedad más famoso por las singulares hazañas de sus héroes, la realidad de un héroe divino del pensamiento. Empero antes de comenzar la traducción y comentarios de aquel apreciable documento, debemos exponer, siquiera rápidamente, las circunstancias que rodearon al pensador eminente, los antecedentes de su célebre proceso, y las relaciones que mediaron entre el gran filósofo y los ilustres discípulos suyos que consignaron el relato de aquel execrable juicio, exhalando generosas protestas en defensa del sábio virtuoso maestro.

## I

Sócrates fué un ciudadano ateniense, hijo de un escultor, en el cual llegaron á encontrarse reunidas todas las más bellas dotes que

pueden enaltecer á los grandes hombres. Supo este filósofo eminente concertar hermosamente la ciencia y la vida, reuniendo conjuntamente un corazón puro y un alma elevada, siendo en todo linaje de virtudes modelo acabadísimo. Fué, en efecto, grande como hombre, como filósofo y hasta como militar y como político. Como hijo de la Grecia un dechado perfecto de ciudadanos, pues siempre estuvo dispuesto á todo sacrificio en aras de la Patria; como filósofo y como hombre el ilustre Sócrates no fué ya una gloria exclusiva de la Grecia, sino una de las más puras glorias de la humanidad: de tal manera fué ejemplar é inmaculada su conducta y tan grandiosas y admirables fueron sus máximas y doctrinas. Este varón insigne inició en la Grecia, durante la guerra civil del Peloponeso, uno de los más fecundos renacimientos filosóficos, uno de los más poderosos movimientos del espíritu humano, comparable y semejante al que cuatro siglos despues originó la aparición del cristianismo, y en la alborada de los tiempos modernos la semilla arrojada en el campo de la filosofía por Bacon y Descartes.

No entra en nuestro propósito el escribir una completa biografía del filósofo griego, ni

el desenvolver con proligidad en qué consistió la doctrina, ó por mejor decir, el *método socrático;* sino apuntar algunas consideraciones que sirvan de comentario al asunto que se trata en el interesante opúsculo que vamos á publicar.

Formada la prosa ateniense en el período de la guerra peloponésica, se hizo la común lengua de la Grecia, y, mediante aquel hermoso idioma, pudo también madurar un profundo sentido común culto y científico, reinado de ilustración y de cultura conservado por Atenas sobre Esparta, su implacable rival política, y más tarde sobre el imperio macedónico y los romanos, por cuyo medio ha trascendido largamente hasta nuestros tiempos.

Era Atenas una ciudad tan principal y celebrada por la preponderancia de su comercio y de su marina, por la grandeza de sus edificios y la pompa de sus festividades, no menos que por la fama de sus artistas y poetas, de sus filósofos y políticos, que á ella acudían de todos los extremos de la Grecia cuantos se sentían entonces con vocación para las ciencias ó para las artes, habiéndose llegado á convertir la capital culta y bella del Atica, y lo fué por mucho tiempo, en una vasta Academia. Mas por desdicha, y como ha acontecido en otros

pueblos y en circunstancias análogas, la refinada civilización de Atenas llegó á contrastar con una tan bochornosa corrupción en las costumbres, que no bastaban á compensar ni la celebrada *sal ática*, ni el artificioso ingenio y suave trato de los atenienses. Cuando la degradación corroe las entrañas de un pueblo, este pueblo pierde su virilidad y su energía, y atento al vano edén de los sentidos, huella con planta indiferente las flores inmarchitables de la virtud. Esto aconteció en la Grecia en la época que nos ocupa. Su depravación fué convertida en sistema por los sofistas, cuyas máximas corruptoras trascendieron no sólo á la vida privada y á la pública, sino hasta á la administración y gobierno del Estado. Pero estos falsos apóstoles de la ciencia, estos impíos emponzoñadores del corazón de sus conciudadanos, fueron enérgicamente confundidos por Sócrates, su enemigo acérrimo, declarado, inexorable. Y no porque cupieran rencores en el ánimo del filósofo, sino á causa de su amoroso anhelo por el triunfo de la verdad y de la justicia. Captóse Sócrates, por la sublimidad de sus máximas y con la austeridad de su ejemplo, las simpatías de la juventud de Atenas, á la que enardecía ense-

ñándole las nobilísimas ideas de *lo bello*, de *lo verdadero* y de *lo bueno:* doctrinas que llevaron sus discípulos á la vida pública, en la que brillaron algunos como insignes políticos y estadistas y como enfrenadores de una fracción demagógica, ambiciosa y turbulenta. Sócrates se mostró tan inflexible contra estos ignorantes aduladores de la muchedumbre como antes se había manifestado rígido y severo contra la prepotencia de los tiranos. Pero le cupo, como observa oportunamente uno de sus biógrafos, la suerte que en todos los tiempos sufren las almas superiores que no pueden ponerse de parte de las injusticias. Disfrazaron sus enemigos con un pretexto sagrado el medio que buscaron para perderle, vengándose de tan execrable é indigno modo de sus ataques políticos.— Acusáronle ante los heliastas de «corruptor de la juventud» y «maestro de nuevos dioses,» citando el dicho frecuente del filósofo que «escuchaba una voz interior, un *numen*, un *genio (demonio)*, que le enseñaba el modo de obrar.—Tal fué el pretexto de que se valieron un trágico sin talento, un ricacho malvado ó fanático y un imprudente anarquista, Mélito, Anito y Licon, cuyos nombres serán cubiertos perpétuamente de infamia,

para pedir la muerte del que con razón consideró el oráculo de la antigüedad como *«el más generoso, el más justo y el más sabio de los hombres.»*

Los pormenores de este interesante drama, así como las doctrinas (1) y los hechos de aquel pensador ilustre, se han conservado religiosamente por sus dos esclarecidos discípulos Platon y Jenofonte. Y puesto que vamos á publicar la *Apología de Sócrates,* atribuída á Jenofonte, nos vemos precisados á decir algo previamente acerca de este escritor y sobre aquella pieza literaria.

---

(1) Sobre la doctrina socrática pueden consultarse además: Cic. de Offíc. I, 30. De Orat. II, 67.—Quint. VI, 3. VIII, 6. Investig. sobre la doctrina de Sócrates, por *C. Brandis*. En el museo del Rhin (al.) 1627, primer año y 2.° fasc., pág. 118, 150,—y *Schleiermacher*, Sobre el mérito de Sócrates considerado como filósofo, en las actas de la Academia real de Ciencias de Prusia (1814-15, pag. 50 y sig.) *F. Delbrück,* Sócrates. Consideraciones é investig. Colonia, 1819.—*Ritter*, Hist. de la filosofía antigua, trad. franc. de Tissot. París, 1851.—*Tenneman,* Historia de la filosofía. Leipsig. 1798-1819. Trad. franc. de Cousin.—*Sanz del Río,* Sócrates. Rev. univ. t. I. Madrid, 1857.

## II

Habían sido derrotados los atenienses por los thebanos en una de las salidas que hicieron aquéllos, después de la toma de Delion. Cayó en tierra cubierto de heridas uno de los guerreros atenienses, mancebo de unos veinte años y de gallarda presencia, cuyo caballo había sido muerto en la refriega. Un su compatriota, soldado de atlético y rudo organismo, pero de grave y dulce continente, reconoce al joven guerrero, y colocándoselo sobre las anchas espaldas, le lleva cargado un gran número de estadios, hasta ponerle lejos del dardo de los enemigos. (1) Era Sócrates, que salvaba la vida á su discípulo Jenofonte, al discípulo que agradecido había de legar á la posteridad el retrato inmortal del Maestro. ¿Y quién fué Jenofonte?

Jenofonte,—hijo de Grylos,—conocido en la historia literaria clásica de la Grecia con el sobrenombre de *la Musa* y de *la Abeja ática*, fué uno de los más insignes historiadores griegos,

(1) Ol. 89. I; 424 a C.

el digno continuador de Tucídides. Nació en *Erquia*, una de las pequeñas aldeas que el viajero podía visitar entonces en los alredores de Atenas, y cuyo nombre salvará del olvido la memoria del gran historiador, como han atravesado los siglos los nombres humildes de Halima, Alopecia y Peonia, por haber tenido la gloria de haber servido de cuna á Tucídides, Sócrates y Demóstenes.

Según las observaciones contradictorias de los críticos y eruditos, que han discutido la fecha incierta de su nacimiento, podría fijarse éste en el IV año de la 83.ª olimpiada (445 años antes de nuestra Era.)

Sábese que á los 18 años se sometió á la dirección filosófica de Sócrates. Su educación anterior, probablemente sería la de todos los jóvenes atenienses: aprender de memoria los poemas de Homero, las sentencias de Solon, de Theognis y de Focílides, estudiar los elementos de la gramática, las matemáticas y los principios de la extrategia, y vigorizarse bajo la dirección de los *pedótribas* en los ejercicios varios de la gimnasia. Mas de tal manera se desenvolvieron las disposiciones naturales de Jenofonte bajo la dirección de Sócrates, tan provechosa fué para él aquella ense-

ñanza natural y sencilla, fundada en la observación, en la reflexión, y en el conocimiento práctico de la inteligencia y del corazón humano, que á ella sin duda se debe el juicio, la razón y ese buen sentido, que se hallan esparcidos, como una luz dulce y suave, en todos los escritos que le recomiendan á la memoria de la posteridad.

Ya hemos dicho cómo fué salvado por su maestro en el combate librado bajo los muros de Delion. En otro combate fué hecho prisionero por los beocios, y á esta desgracia debió la fortuna de recibir las lecciones de Pródico de Céos. Puesto en libertad, asistió á la escuela del retórico Isócrates.

Sirvió en muchas campañas de la guerra del Peloponeso, y en ellas se formó su experiencia militar. A esta época de su vida atribuyen los críticos alemanes la publicación de algunos de sus escritos como el *Banquete*, el *Hieron* y las *Rentas áticas*.

Púsole en relaciones con Ciro un condiscípulo suyo, Próxenos, joven beocio á quien conoció en la escuela de Sócrates. Residía su amigo en Sardes, y le invitó á compartir con él los favores del príncipe y á luchar bajo su bandera. La perspectiva de un viaje á Oriente,

y las promesas de una vida de agitación y de aventuras, fueron incentivos tan poderosos para Jenofonte, que se decidió á partir, en verdad no con entera satisfacción de su maestro, quien previó las sospechas que habían de recaer sobre él por esta expedición. El éxito no correspondió á las esperanzas de Jenofonte. Después de la batalla de Cunaxa, que puso fin á la sublevación y á la vida de Ciro, se encontró el intrépido caudillo, con los demás soldados griegos auxiliares, perdido en el centro del imperio de Artajerjes, y desde allí dió comienzo á la notable *retirada* que tanto se celebra en la historia. (1) Pero no le valió haber capitaneado gloriosamente á sus compatriotas en esta famosa *Retirada de los diez mil*, cuyos conmovedores episodios, hasta el regreso casi inesperado de los griegos á su patria, pueden leerse en uno de sus más bellos escritos *(La Anábasis)*; no le valió como hombre ser un filósofo grave y útil, como militar un valiente, ni un varón de clarísimo entendimiento: pues su amistad con Ciro, sus relaciones con Agesilao y la defensa noble y enérgica que hizo del Maestro en sus dos escritos

(1) Ol. 94, 4; 401 a. J. C.

*La Apologia* y *Las Memorias* de Sócrates, todas estas circunstancias le valieron un decreto de destierro, bajo el pretexto de su afección al partido dorio.

Y en verdad no debe extrañarnos que le consideraran sus conciudadanos como enemigo. Las apariencias, al menos, condenaban en gran manera á aquel ilustre hijo de Aténas. Jenofonte ora por su condición de *eupátrida*, ora porque le indignaran (y con razón) las demasías y desenfreno de aquella bárbara y desapiadada demagogia, que tales días de desventura ocasionaba á su Patria, ora preocupado por su educación militar y sus costumbres de caudillo, detestaba el régimen democrático en que había nacido (sin tener en cuenta la gloriosa historia de la democracia de Atenas) y en todos sus escritos dominó la idea de que el orden reside en el poder omnímodo de un jefe, y que toda constitución social ó política debe sujetarse á este principío. Así se explica su abierta inclinación á la constitución política de los espartanos: ¡qué mucho el que los demócratas atenienses le miraran con recelo! Por otro lado, Jenofonte como militar no era el puro tipo del patriota dispuesto á verter su sangre únicamente por los suyos. Era cierta-

mente un guerrero esforzado y un hábil capitán; pero ante todo un soldado de aventuras, lo que pudiéramos quizá llamar un *condottiero:* pues lo mismo le vemos en las filas de la caballería ateniense, que defendiendo en Asia las pretensiones de Ciro; y lo mismo ayuda al rey de Tracia, Seuthes, á recuperar su trono, que sirve al mando de Agesilao en sus expediciones militares. Todos estos pormenores explican claramente la oposición y enemiga de sus compatriotas. Acompañado, pues de su esposa Filesia y de sus dos hijos Grylo y Diodoro, los cuales por el cariño fraternal que se profesaban, merecieron que se les diera el sobrenombre de «*dioscuros,*» permaneció en Elida el resto de su vida, considerando á Esparta como tal patria adoptiva, hasta el punto de haberse hallado al lado de los espartiatas en la batalla de Coronéa. Fijóse definitivamente en su casa de Campo de Escilonta, cerca de Olimpia (pues los espartanos le colmaron de honores y riquezas), y en aquel apacible retiro compuso las obras filosóficas, históricas y políticas que le han conquistado tanta gloria, en las cuales resplandecen los sentimientos humanitarios y generosos inspirados por el sabio filósofo, cuyo recuerdo lleva perpétua.

mente en el corazón. Gozó durante largos años de su larga posición y espléndida fortuna, alejado de los negocios y compartiendo sus horas entre los gratos placeres y ocupaciones del campo, los trabajos del espíritu y la noble sociedad de los amigos que honraron su ancianidad. Murió á la avanzada edad de 91 años el 1.º de la Olimp. 106.ª, 366 a. de J. C. (1)

***

Las obras literarias de Jenofonte se pueden dividir en filosóficas, didácticas, históricas y políticas. Sus obras filosóficas son: los *Hechos memorables ó Memorias de Sócrates, la Economía, la Apología de Sócrates, el Banquete de los filósofos* y el *Hierón*. Sus tratados didácticos: la *Equitación,* el *Jefe de caballería* y la *Caza*. Son sus

(1) Puede consultarse, sobre la vida de este famoso capitán é ilustre escritor de la antigüedad, además de *Diógenes Laercio*, Historias de los filósofos célebres, lib. II.—La Vida de Jenofonte, por *J. B. Gail*, París 1795, 2 v., 8.º; — *C. G. Krüger*, De Xenoph. vita quæstiones criticæ, Halle, 1822, 8.º; —*Delbruch*, Xenophon, Bonn, 1829, 8.º

obras históricas: las *Helénicas*, (1) la *Anábasis*, la *Cyropédia* y el *Elogio de Agesilao*. Por último, sus opúsculos políticos son, las *Constituciones de Esparta y Aténas* y las *Rentas del Atica.*

La *Apología* ó *Defensa de Sócrates* es una composición semi-oratoria, semi-polémica. No es, como parece á primera vista por su título, un discurso para ser pronunciado ante un jurado, ni es tampoco una impugnación de Jenofonte á los enemigos de Sócrates, por la iniquidad de su conducta. Al principio y al fin de la Apología, expone claramente el objeto que se propone: «demostrar el respeto de Sócrates á los dioses, su justicia con los hombres, la dignidad con que rehusó apelar á humillantes súplicas para conservar la existencia, y la convicción que tenía de que la muerte era un bien que le concedia la Providencia.»

(1) Continuación de las Historias de Tucídides. Debemos hacer mención, ya que citamos la obra de Tucídides, de un rasgo de alta moralidad literaria, de Jenofonte: teniendo en su poder el manuscrito de Tucídides le publicó tal como le conocemos, con el nombre de su autor ilustre, cuando él, ganoso de fama literaria, pudo haber usurpado su gloria al celebrado autor de las Guerras peloponésicas.

Valckenær, Schneider (1) y otros criticos dan á esta composición menos mérito literario que á otras de Jenofonte. Mas nadie pone en duda que tanto la *Apología* como *Las Memorias* tienen un valor *histórico* quizá superior bajo cierto aspecto, al de los escritos de Platón sobre el mismo asunto: pues relata con tan ingénua sencillez; con tan noble complacencia, con tales pormenores los hechos del filósofo, que por sus escritos se conocerá eternamente la vida real de Sócrates, con todos los caractéres que ostentó en su tránsito por esta Tierra. El divino Platón leía en cierta ocasión un pasaje del *Fedro* á su Maestro, y le arrancó esta exclamación: ¡qué cosas me hace decir ese joven en las que nunca he pensado! En efecto, aquellas cosas eran superiores á sus habituales meditaciones, aunque no contrarias á sus doctrinas. (2) En suma: las *Apolo-*

(1) El primero duda de la autenticidad de esta pieza lo mismo que del final de la Cyropedia. Schneider juzga que la Apología debió antiguamente ser una continuación, adición ó suplemento de las Memorias; pero que los gramáticos, al desglosarla de esta obra, la han adulterado en algunos pasajes.—*Schoell.* Hist. de la litt. grecque profane, II. 350.

(2) Véase la thésis de *M. L. Dissen* intitulada

*gías* ó defensas de Sócrates escritas por Jenofonte y por Platón, con las *Memorias* del primero y las varias *Pláticas* del segundo, que se ocupan del *Proceso y de la muerte de Sócrates*, son documentos que se completan entre sí, y escritos que perpétuamente conmoverán á los corazones generosos en los cuales arda la llama pura del entusiasmo; á los espíritus capaces de admirar á aquellos varones fuertes que han sellado heróicamente sus convicciones con su sangre.

Sin embargo, aunque Jenofonte no poseía el arrebatado entusiasmo, ni las pasiones ar-

---

*De Philosophia morali in Xenophontis de Socrates commentariis tradita*. Gotinga, 1812: acusa á Jenofonte de haber presentado á Sócrates, más bien que como filósofo, como hombre de mundo: y bajo el punto de vista menos favorable: como hombre atento á su utilidad y conveniencia. Jenofonte ha sido justificado de esta censura por *Stæudlin* en su *Gesch. de Moral philosophie*, *84*. *Schoell: Hist. de la litterature* citada, nota de la pág. 319.—El cargo de Dissen es injusto: lo único que debe afirmarse es que Platón, sin alterar en nada los rasgos de la fisonomía del gran Filósofo, lo transfigura; y presenta, bajo la imágen de Sócrates, el ideal del verdadero sabio. Jenofonte se complace amorosamente en dejar á la posteridad el retrato real del Maestro; pero siempre realizando su dignidad moral, y la elevación de su carácter.

dientes sin las cuales es imposible la elevación oratoria, aunque no tenía más imaginación que aquella que requieren los géneros templados, con todo, en las breves arengas de *La Apología* se eleva alguna vez hasta la elocuencia, con solo dejar hablar á un sentimiento de profunda indignación. No encontraremos en la *Apología* de Jenofonte un resúmen como el que leemos en la de Platón: *Ya es tiempo de partir, yo para la muerte, vosotros para la vida. ¡Dios sabe á cual está reservado mejor destino!*; pero en cambio el silencio final de Sócrates en la Apología de Jenofonte, es imponente y magnífico: *Después de haber hablado así, partió sin que nada en él desmintiese su lenguaje: en sus ojos, en su actitud, en su marcha, conservando una serenidad espléndida.* Esta majestad, esta inalterable sangre fria, este talante de un hombre sobre el que acaba de recaer una sentencia de muerte, ¿no es la condenación más elocuente y sublime de los mismos que le han condenado? Con razón se ha comparado esta actitud á la de Régulo cuando torna para el destierro.

***

En cuanto á las bellezas de estilo del opús-

culo que publieamos, por más que se han tributado grandes elogios al estilo de Jenofonte, en la *Apología* se ven menos que en otros escritos suyos las cualidades generales del mismo.

De todas maneras, el fondo de los escritos de este insigne polígrafo es lo que constituye su mérito prineipal. Eseribe para mejorar á los hombres, para hacerlos buenos y útiles: esa es la idea eapital que movió siempre la pluma de este eminente literato ateniense, dejando en todos sus escritos, aun en los más exíguos, alguna partícula de su alma.

No hemos podido tener á la vista versión alguna española de este opúsculo (1); pero en eambio hemos eonsultado varias de las ediciones y traduceiones extranjeras que gozan de más crédito.

En cuanto á nuestro pobre trabajo, los inteligentes en el idioma griego fallarán hasta dónde hemos acertado, si es que hemos tenido la fortunaa de conseguir algún acierto.

(1) El erudito y entendido humanista D. Julián Apraiz en su excelente interesante *Historia de los Estudios helénicos de España*, no cita más versión castellana de la *Apología* que la nuestra (primera edición), lo que confirma la creencia que ya hemos consignado.

Por nuestra parte hemos procurado que la traducción cumpla con la condición que la crítica y el buen sentido piden preferentemente en este género de trabajos, es decir: que hemos procurado traducir con *fidelidad*, aun sacrificando las galas del estilo.

## Apología de Sócrates

TRADUCCIÓN (1)

### I

Por qué razón el sábio ateniense no queria preparar sus medios de defensa.

Trasmitir á la posteridad la conducta del célebre Sócrates cuando fué citado ante el Jurado, y decir las determinaciones que tomó respectivamente á su defensa y á su muerte, parécceme en verdad un digno asunto. Otros han

(1) Recomendamos á nuestros lectores el interesante y concienzudo trabajo de Fr. Thurot: *Apologie de Sócrates d' aprés Platon et Xenophon.* En esta obra se encuentran tambien el *Critón* y el *Phedón,* que son sus indispensables comentarios.
Veáse asimismo la *Apologie de Sócrates* de Libanio. *Libanii Opera, edition Claude Morel. Paris,* 1607, *p.* 635.

escrito también (1) sobre lo mismo, y todos convienen en la sublime dignidad de su lenguaje (2). Es, pues, una realidad que Sócrates en aquellas circunstancias habló con magnificencia. Mas no se han explicado claramente los motivos que tuvo para juzgar en tal ocasión la muerte preferible á la vida: de suerte que cabe dudar si la razón estuvo entonces á la altura de la elocuencia.

Pero su amigo Hermógenes, hijo de Hipónico (3) nos ha dado sobre esto detalles que ponen en perfecta consonancia la elevación de sus palabras con la de sus ideas. En efecto, cuenta que, viéndole discurrir sobre todo, ménos sobre su causa, le dijo: ¿No convendría, mi querido Sócrates, que discurrieras también algo sobre tu defensa?—A lo que el filósofo le

(1) Principalmente Platón. Los diálogos de Platón se dividen en 10 grupos. Forman el 1.° los que tratan del Proceso y muerte de Sócrates; y son: Enthyphron, la Apología, Critón, Phedón y Gratylo *(J. Socher uber Platons Schriften, München*, 1820.)

(2) Sócrates, dice Cicerón, no se presentó ante sus jueces humillado ni suplicante, sino con la majestad de un soberano.

(3) Sobre Hermógenes veánse las Mem. de Jenof. 11, 10; IV, 8.

contestó: Pues qué ¿mi vida entera no te prueba que constantemente me ocupo de ella? —¿Y cómo? replicó Hermógenes.—Procurando no hacer jamás una acción injusta: ese es á mis ojos el mejor modo de preparar mi defensa.—¿Pero no ves, dijo nuevamente el hijo de Hipónico, que los tribunales de Atenas han hecho perecer á multitud de inocentes, víctimas de su turbación para defenderse, mientras que han absuelto á otros muchos siendo delincuentes, porque su lengua los ha movido á compasión ó cautivado por su elegancia?—Pues, ¡por Júpiter! dos veces he intentado ya ocuparme de preparar una defensa y otras tantas se ha opuesto á ello el *Génio* (1) que me inspira.—¡Lo que estás diciendo me sorprende!—Y ¿por qué sorprenderte, si la Divinidad juzga que es más ventajoso para mí el

---

(1) Decía Sócrates que tenía una *voz interior* «un Génio» *(demonio)* que le advertía constantemente lo que debía hacer y evitar. Por estas, para sus émulos extravagancias *demoniacas*, le acusaron. Nos hemos servido de la palabra *Génio* en la traducción, porque la acepción en que se toma en nuestro idioma la palabra *demonio* no expresa el concepto, pues lo que se quiere significar aquí es *Númen, Génio, Oráculo, Dios.*

dejar la vida desde este instante mismo? Pues tú no sabes que hasta el presente no hay un solo hombre á quien le conceda que haya vivido mejor que yo? Mi conciencia me dice, y es mi más dulce satisfacción, que he vivido de una manera justa y religiosa, de tal modo, que, despues de mi propia aprobación, me encuentro con la de cuantos me tratan, que tienen formada igual opinión sobre mi conducta. Pero ahora mi edad avanza: sé que han de sobrevenir las cosas propias de la vejez: ver mal, oír peor, ser cada día más tardío para aprender y de lo que tiene uno aprendido irse olvidando rápidamente. Y si yo advierto la pérdida de mis facultades, y si he de estar incómodo conmigo mismo, cómo podré decir entonces: vivo gustosamente? Acaso Dios me concede esto como un don especial: pues no solo voy á dejar la vida en el momento más favorable por mi edad, sino de la manera menos penosa; pues si hoy me condenan, me será permitido indudablemente escoger la especie de muerte que estimen más sencilla los que entienden de esto: muerte que dé lo menos que hacer á mis amigos, y que llene cumplidamente los deseos del que ha de sufrirla: pues así se va uno extinguiendo sin

ofrecer nada repugnante ni molesto á los ojos de los que le rodean, teniendo el cuerpo sano y el alma dispuesta á la complacencia. ¿Cómo por precisión no ha de ser esta muerte apetecible?

Con razón los dioses, añadió, se han opuesto á la preparación de mi Defensa, mientras que á todos nosotros nos pareceria que debian buscarse los medios de escapar á todo trance. ¿Y qué acontecería en el caso de conseguirlo?: que en lugar de acabar ahora con la vida, tendría que resolverme á morir atormentado por los padecimientos ó por la vejez, sobre la cual recaen todas las molestias y sinsabores (1). ¡Por Júpiter! Hermógenes, que no pensaré más en esto. Y si por hacer ver en el tribunal los favores que debo á los dioses y á los hombres, si por manifestar libremente el concepto que tengo de mí mismo me indispusiera con mis jueces..... preferiré morir antes que mendigar servilmente que se me otorgue la prolongación de una vida cien veces peor que la muerte.

(1) Horacio ha dicho tambien:
*Multa senem circunveniunt incommoda. Ars., poet.* v. 169.

Despues de esta resolución fué cuando, según Hermógenes, sus enemigos le acusaron de no reconocer los díoses que veneraba la Patria, de haber introducido nuevas divinidades y de corromper á la juventud.

## II

### Sócrates responde á las acusaciones de sus enemigos

Compareció ante los jueces, y dijo:

¡Atenienses! Lo que más me maravilla en este asunto es la conducta de Mélito (1). ¿Cómo ha osado asegurar que desprecio las deidades de la Répública, cuando todo el mundo me ha visto, y él mismo si lo ha querido, tomar parte en las comunes festividades y sacrificar en altares públicos? ¿Es, pues, por ventura, introducir númenes extraños el haber yo dicho que la voz de un *Dios* (2) resuena

(1) Platon. Los otros fueron Anito y Licón. Apología, III y XI.

(2) *Daimonion.* Veáse la nota de la pájina 151.

en mí oído enseñándome cómo debo obrar? ¿Pues los que consultan los cantos de las aves ó los pronósticos de los mismos hombres, no se dejan influir tambien *por sonidos* articulados? ¿Quién puede negar que el trueno sea una *voz* y el más grande de todos los presagios? ¿Pues la Pitonisa colocada sobre la trípode, no se vale tambien de la *voz* para pronunciar los oráculos de su Dios? En una palabra, que Dios conoce y revela á quien le place el secreto de lo porvenir: he ahí todo lo que yo digo, que es lo mismo que dicen y piensan los demás. Pues bien, los demás llaman á todo eso augurios, pronósticos, presagios, profecías; yo le llamo *Génio* (Daimonio); y creo que, llamándolo así uso un lenguaje más verdadero y más piadoso qne los que atribuyen á las aves el poder de los dioses. Y la prueba de que no miento contra la divinidad es, que cuantas veces he manifestado á mis numerosos amigos los consejos de *Dios,* jamas les he parecido engañado (1).

(1) Si consideramos la atención religiosa con que Sócrates seguía la voz de Dios en el espíritu, debemos inferir que Sócrates miraba el conocimiento de la Razón divina que rige el mundo, además del de la Naturaleza que nos rodea, como el fundamento del recto conocimiento propio.

Alborotáronse los jueces al oír esta arenga: unos porque no daban crédito á lo que habian oído, otros aguijoneados por la envidia de que aquel hombre hubiera conseguido mayores distinciones que ellos por parte de los dioses.

Sócrates tomó de nuevo la palabra, y les dijo:

Ea, pues, escuchad más todavía, á fin de que los que lo desean tengan un motivo más para no creer en los favores que me concede el cielo. Un día ante una reunión inmensa interrogó Cherefón (1) sobre mí al oráculo de Delfos: *No existe un hombre*, respondió Apolo, *más independiente*, *más justo*, *ni más sabio que Sócrates (2)*.

Como era de esperar, levantóse aun más el clamor de los jueces cuando escucharon esto.

---

Reinaba en tiemqo de Sócrates la incredulidad ó la duda sobre los dioses. Para combatirla observaba que lo mejor en nosotros no lo vemos sensiblemente, sino que lo conocemos por sus efectos, como nuestra alma y supremamente Dios, cuyos efectos sentimos en nuestro corazón, cuando no pretendemos ver su figura con los sentidos. *(Sanz del Rio. Revista universitaria.* 1854, *tomo I.)*

(1) Cherefon, ateniense, hermano de Cherecrates y uno de los más honrados discípulos de Sócrates. Jenof. Mem. I, 2; II, 3.

(2) Platon. Apolog., V y siguientes.

El sabio ateniense nuevamente les arguyó, diciéndoles: ¡Hijos del Ática! pues mayores alabanzas que las tributadas á mí, profirió el oráculo en honor de Licurgo, el legislador de los espartanos. Al verle entrar en el templo cuentan que exclamó: *No sé si te llame Dios ú hombre.* A mí, sin haberme comparado á un dios, sólo me ha hecho superior á los demás hombres.

Sin embargo, yo no quiero que ciegamente deis crédito á las palabras del oráculo; pero ruego que las examineis una por una. ¿Conoceis un hombre menos esclavo que yo de los apetitos del cuerpo? ¿un hombre *más independiente* que yo, que de nadie admito dádivas ni recompensas? ¿Y á quién podreis vosotros considerar como el *más justo*, sino al hombre moderado que se acomoda con lo que tiene, sin tener nunca necesidad de lo de los demás? ¿Y en fin, cuál de vosotros puede negarme el último dictado del oráculo (1), si desde el momento que comencé á comprender la lengua

---

(1) El *más Sábio.*—Siendo la ciencia humana muy imperfecta respecto á la de los dioses, Sócrates, que conocía esta imperfección, se acercaba más á la sabiduría. *(Platon, Euthyphron, II.)*

humana no he cesado de investigar y he aprendido cuanto bueno he podido?

¿Y la prueba de que mis trabajos no son estériles, no la veis patente en la predilección con que buscan mi sociedad gran número de ciudadanos, y aun de extranjeros, apasionados de la virtud? ¿Por qué tantas gentes desean obsequiarme con regalos, cuando saben que yo no tengo riquezas con que remunerarles? Y en cuanto á mí, mientras que nadie puede decir que le he exigido un servicio, ¿cómo confiesan todos que me deben agradecimiento? ¿Por qué razón, durante el sitio de Atenas; (1) mientras mis compatriotas se lamentaban todos de su miseria, yo no vivía ni más ni menos angustiado que en los días más prósperos de la República? En fin, los más de los hombres tienen que comprar á caro precio los objetos de sus delicias en el mercado público;

(1) Después de la derrota de la armada ateniense por los espartanos en Egospotamos, Lisandro cercó por mar y tierra á Atenas, desgarrada por partidos interiores y afligida además por un hambre cruel, obligándola á rendirse á discreción. Fueron sus muros y naves destruídas, abolida su Constitución democrática y entregados al pérfido gobierno de los *Treinta tiranos*.

yo, sin costo ninguno, los encuentro infinitamente más dulces en el fondo de mi alma. Pues si todo cuanto he alegado en mi defensa es cierto, y nadie puede convencerme de que falto á la verdad, ¿cómo, haciéndome justicia, no he de ser ensalzado por los dioses y por los hombres?

Tal es mi conducta. Y sin embargo, Mélito, tú me acusas de pervertir á la juventud (1). Pero todos sabemos en qué consisten tales corrupciones: dime si conoces á uno solo de esos jóvenes que con mis lecciones se haya pervertido; que siendo religioso se haya hecho un impío, que de moderado se haya tornado violento, de reservado en pródigo, de sóbrio en

(1) Tal acusación era fácilmente escuchada en aquellos días en que las desgracias de Atenas se culpaban á los novadores en costumbres y leyes. Estas se restablecieron por un partido enemigo de Alcibiades y Critias, discípulos de Sócrates, á quien el vulgo confundía fácilmente con los sofistas (Sanz del Río: ibid).—Opinamos como Söcher y Freret que la acusación de Sócrates, aunque aparentemente engendrada por celos religiosos, fué una verdadera venganza política, al contrario de lo que hizo con Jesús la hipocresia farisáica, que le acusó ante Pilatos de un crimen de Estado (Rey de los judíos.) Durante el gobierno oligárquico había sido Sócrates senador, porque creía que los

amante de la crápula, de trabajador en perezoso, uno solo que se haya entregado á pasiones vergonzosas.—¡Sí, por Júpiter! Conozco á algunos á quienes has seducido hasta el punto de que siguen con más confianza tus consejos que los de sus padres.—Lo conficso, dijo Sócrates; pero en lo relativo á la educación moral: que, como ellos saben, es el asíduo objeto de mis desvelos. También en lo que conviene á la salud seguimos mejor los consejos de los médicos que los de nuestros padres; y vosotros todos, atenienses, mirais en las asambleas á los que hablan en ellas con superior ilustración, con más predilección que á los que se hallan unidos á vosotros por los vínculos de la sangre; así como en las elecciones de ge-

---

cargos públicos debían servirse en bien de la patria, cuando ésta se halle en poder del extranjero, para evitar mayores males á los conciudadanos. El proceso de Sócrates tiene todos los caractéres de un golpe de partido, de un juicio revolucionario, y el fallo fué del todo inmerecido, porque la conducta de aquel grande hombre estuvo inspirada siempre por el sentimiento más puro de justicia. (Véase á *Schoell:* Litter. grecque. II, 32 y siguientes.—*Cantú:* Biogr. t. X de la Hist. univ.: Sócrates.—*Weber.*—*S. del Río:* Hist. univ. t. I.—*Laurent:* Etudes sur l' histoire de l' humanité: Gréce. t. II.)

nerales preferís los varones más hábiles en el arte de la guerra, no solo á vuestros padres y á vuestros hermanos, sino ¡por Júpiter! aun á vosotros mismos.—Ese es el uso, y así conviene á la patria; replicó Mélito.—Pues entonces, dijo Sócrates, ¿no te parece digno de admiración, siendo en todos los asuntos los más hábiles considerados, no sólo como iguales, sino como superiores á los demás, que yo, por ser tenido en la opinión de algunos como el mejor en lo que es el mayor bien de los hombres, la educación del espíritu, me haya de ver por tu causa condenado á muerte (1).

(1) Los jueces, en número de 556, se dividieron en dos opiniones. Sócrates fué condenado por mayoría de tres votos, por el partido de los fanáticos. Pero Sócrates se chanceaba con la vida y con la muerte, y en lugar de pedir con lágrimas la absolución, según costumbre, les dijo con aquella amarga ironía que constituía la fuerza de sus discursos: «*¡Atenienses! por haber consagrado mi vida entera al servicio y á la moralidad de mi Patria, me condeno yo mismo á ser alimentado durante el resto de mi vida en el Pritaneo á expensas de la República.*» Los jueces que se vieron de tal modo provocados, dictaron la sentencia de muerte por una gran mayoría. (Véanse las obras citadas y *Lamartine, Historia de la humanidad por sus grandes hombres.—Sócrates.)*—Nada da tanta altivez como la persecución de los malvados y recita sus propias alabanzas como Epaminondas y Publio Scipión.

## III

### Conducta de Sócrates después de la sentencia

Algunos más razonamientos se añadieron por el filósofo y por los amigos que hablaron en su defensa (1). Mas no ha sido mi intento referir los pormenores de este célebre proceso. Bástame haber demostrado que Sócrates creía de gran importancia el no mostrarse irreverente con los dioses (2) ni injusto con los hombres.

---

(1) No se sabe á ciencia cierta quiénes serían los discípulos que hablaron en su defensa. Diógenes Laercio cuenta con referencia á Justino de Tiberiades, y con relación á la causa de Sócrates, que un día Platón se subió á la tribuna, y dijo: *«¡Atenienses! yo soy el más joven de los que han subido á esta tribuna...;» pero que los jueces exclamaron: «Dí más bien descendido».*—Que era como decirle: *Desciende. (Talbot:* Oeuvres de Xenoph.: I, 201, nota 2.)

(2) ¿Me oyes negar que haya dioses, ni enseñar esto á mis discípulos? No creo que sean dioses ni el Sol ni la Luna... *(Platón,* Apología.)

Lo de conservar la vida creia que no debía pedirse con humillaciones; antes bien, estaba convencido de que era la ocasión oportuna de morir: y que era esta su convicción, claramente se vió después de pronunciada la sentencia. Se le invitó primero á que conmutase la pena capital por una multa, (1) y ni accedió á ello, ni permitió á sus amigos que la entregaran, pues decía que condenándose á una pena pecuniaria tenía que confesarse culpa-

---

Aunque sus pensamientos se elevasen más allá de los miserables símbolos que entonces adoraba la Grecia, respetó el culto legal de su patria, y aun seguía todos los ritos de la religión popular. Pensaba que la adoración de la Divinidad era una cosa tan santa en sí misma, que no había necesidad de contristarla aun cuando se equivocase de Dios. (*Lamart.*, obra citada.)

No desenvolvió Sócrates una ciencia de Dios. Le bastó combatir las representaciones antropopáticas de los dioses, reconocer la omnisciencia, omnipresencia y bondad de Dios en el gobierno del mundo, y sobre todo, la unidad de Dios sin dualismo ni limitación sensible ni panteismo, según conoce esta unidad el espíritu religioso. (*Sanz del Rio*, *Revista citada.*)

(1) La ley de Atenas autorizaba al condenado á rescatar su vida por un destierro ó por una multa, la cual tenía que imponerse él mismo, reconociéndose culpable. Fué condenado á beber la cicuta, brebaje empozoñado que daba la muerte en forma de sueño.

ble. (1) Quisieron luego sus amigos proporcionarle una huida; (2) mas la rehusó tambien, y aun les preguntó, con cierto humor, si ellos tenían noticias de que hubiese fuera del Ática algún lugar inaccesible á la muerte.

En fin, luego que la sentencia fué pronunciada, cuentan que se expresó así:

¡Ciudadanos! los sobornadores que han inducido al perjurio á los testigos que han depuesto en contra mía, y los que se han prestado al soborno, deben imprescindiblemente reconocerse culpables de una gran impiedad, de una tremenda injusticia. ¿Y sería decoroso que yo mostrara ménos ánimo ahora que antes de haber sido condenado, yo que no estoy convicto de haber ejecutado nada de cuanto se me ha acusado? Se me ha visto á mí, desertor del culto de Júpiter y de Juno, y de los

---

(1) Cicerón. (De Orat., I, 56.)

(2) Este es el asunto del *Critón*, de Platón. En efecto; su discípulo y amigo Critón le ofreció medios de huir. Treinta días estuvo en la prisión (durante las fiestas de la *Teoría* en que no debía ser ejecutado ningún reo); los pasó con sus amigos conversando sobre la inmortalidad del alma. La última de aquellas conversaciones ha sido religiosamente conservada por el divino Platón, en uno de sus mas preciosos diálogos, el *Phedón*.

dioses y diosas, sacrificar á nuevas divinidades? En mis juramentos, en mis discursos, me veis invocar otros dioses que los vuestros? Y por lo que hace á la juventud, ¿cómo yo he de pervertirla, cuando la acostumbro á la paciencia y á la frugalidad? Ninguno de esos crímenes contra los que la ley pronuncia la muerte: el sacrilegio, la perforación de muros, la venta de hombres libres, la entrega de la patria, (1) ninguno de esos delitos me ha sido imputado por mis contrarios. Por lo que me parece muy digno de extrañeza que vosotros hayaís podido encontrar en mi causa acción alguna que merezca la muerte. Mas yo no me creo por eso menos digno de estimación, pues muero inocente. No es el oprobio para mí, sino para los que me condenan. Por otro lado, me sirve de consuelo el destino de Palamedes,

(1) El sacrilegio, la perforación de muros, la venta de hombres... Sobre el primer delito, véase á Platón, ley 8; la *toichorychia* ó perforación de muros podríamos en nuestras clasificaciones jurídicas comprenderla en *robo con fractura*; la *andrapódisis*, llamada por los romanos PLAGIUM, *quod Lex Flavia* PLAGIS *damnasset*, era el delito de comprar, vender ó tener por esclavo al hombre libre; del que persuade al esclavo ageno á que huya de la casa de su señor. Sobre este delito, véase á Ulpiano en el Digesto.

muerto de una manera semejante á la mía (1).

Y en verdad, ¿hoy mismo no inspira cantos mas hermosos este héroe que el propio Ulises que le hizo perecer injustamente? Estoy seguro que el tiempo pasado y los siglos venideros atestiguarán que no he hecho mal á nadie, que á nadie he pervertido, sino que he sido benéfico con mis discípulos, enseñándoles de buen grado lo bueno que he podido.

Después de haber hablado así, se salió de la manera que correspondía á sus palabras: la mirada radiante, el exterior y la marcha majestuosa (2). Como advirtió que los que le acompañaban iban llorando, les dijo: ¿y por qué es eso de llorar ahora? ¿Pues no sabíais, mucho tiempo ha, que la naturaleza desde que vine á la vida tenía decretada mi muerte? (3) ¡Y si se tratase de que, rodeado de goces tuviera que morir prematuramente, cierta-

(1) Palamedes, hijo de Nauplio, rey de Eubea, pereció víctima de la envidia que excitó en Ulises su sabiduría. (Jenof., Mem. IV., 2. Platon, Apolog. XXII.)

(2) Actitud en que representa Horacio á Régulo regresando voluntariamente al destierro, en la oda V del libro III, v. 41 y siguientes.

(3) A uno que decía á Sócrates: «Los atenienses te han condenado á muerte.»—«Y la naturaleza á ellos,» le contestó. *Montagne: Essais*. I, 19.

mente que debía ser un motivo de aflicción para mí y para mis amigos; pero si voy á dejar la vida cuando ya sólo sufrimientos debo esperar en ella!... creo, pues, que al verme á mí contento, debéis participar de mi alegría todos vosotros (1). Pues yo me sublevo contra esa sentencia, dijo Apolodoro, hombre sencillo, que le era muy adicto y que estaba allí presente, porque veo que mueres injustamente.—Queridísimo Apolodoro, contestó Sócrates (2), pasándole la mano cariñosamente por la cabeza, pues ¿por ventura querríais mejor verme morir con justicia que con inocencia? Y al mismo tiempo dejó ver su afable sonrisa (3).

Cuentan tambien que al ver á Anito que pasaba, dijo: ese hombre va tan enorgullecido, como si hubiera realizado una acción grande y bella con haber votado mi muerte... ¿y por

(1) Véase el discurso de Germánico á sus amigos cuando iba á morir.—Tácito. Annal. II, 71.

(2) Sobre el cariño que le profesaba este Apolodoro, véase á Platon en el *Phedro,* párrafos 2 y 66, y á *Plutarco* en la *Vida de Caton de Utica,* párrafo 10.

(3) Diógenes Laercio en la vida de Sócrates, refiere que fué á su mujer Xanthippa, y no á Apolodoro, á quien el filósofo dirigió estas palabras.

qué? Porque le hice notar que no estaba bien que él, honrado por la ciudad con los más elevados cargos, rebajara á su hijo hasta el oficio de curtidor... ¡El insensato! ¡No conoce que entre él y yo el triunfo será siempre de aquel que en todo tiempo haya ejecutado las cosas más útiles y bellas!... Pero Homero concede á algunos de los que están para morir el don de penetrar en lo lo venidero (1), y os voy á pronunciar un vaticinio; he tratado un poco de tiempo al hijo de Anito, y no me parece un espíritu desprovisto de energía: pues os anuncio que no ha de permanecer en el oficio servil á que el padre le ha consagrado; falto de un honrado guía que le conduzca, sucumbirá á una pasión vergonzosa; y ya en adelante continuará progresando en el camino de la depravación.

Los hechos correspondieron á la profecía: el mancebo se entregó al vicio del vino, y ébrio á todas horas, concluyó por hacerse un hom-

(1) Alusión á dos pasajes de *La Iliada:* el uno v. 856 del canto XVI, cuando Patroclo moribundo anuncia á Héctor que él á su vez ha de morir á los golpes de Aquiles; y el otro, canto XXII, v. 358, cuando Héctor anuncia en iguales circunstancias á Aquiles que morirá herido por Páris.

bre inútil para su patria, para sus amigos y para sí mismo. El padre, por la educación infame que había dado al hijo, y por su torpe ignorancia, ha logrado verse deshonrado aun hasta hoy, después de muerto.

En cuanto á Sócrates, el haberse engrandecido ante sus jueces, excitó contra él la envidia y los decidió más resueltamente á condenarle (1). Por lo demás, creo tambien que su muerte fué un beneficio que le concedieron los dioses, puesto que dejó lo más triste de la vida y alcanzó la más dulce de las muertes. ¡Y qué alma tan grandiosa! Convencido como estaba de que la muerte era para él más ventajosa que una larga vida, del mismo modo que jamás se había manifestado contrario á recibir lo bueno, tampoco se mostró débil ante la muerte; al contrario, le salió al encuentro y murió con júbilo (2).

Por mi parte, cuando considero la sabiduría é inmensa grandeza de aquel hombre, no puedo menos de recordarle, y con mi recuerdo

(1) Véase lo que anteriormente dejamos anotado sobre la sentencia.

(2) Sobre los últimos momentos del filósofo, véase otra de nuestras notas anteriores.

tributarle mis alabanzas: y si alguien que sea amante de la virtud, se ha encontrado con un hombre más útil que el sabio de Atenas, desde luego declaro que ese es el más afortunado de los mortales.

FIN DE LA APOLOGÍA DE SÓCRATES

# LAS POETISAS DE LESBOS

# LAS POETISAS DE LESBOS

## I

Frente á las pintorescas costas del Asia menor; acariciada por las cristalinas aguas del mar Egéo, y engalanada espléndidamente por la naturaleza, se halla la isla de Lésbos (1). En esa isla encantadora, un divino coro de ninfas, excitadas por la fúlgida luz de un cielo purísimo al mágico compás de las azu-

(1) Esta isla fué poblada por «los eolios,» que fundaron en ella la «Hexápolis», consistente en las seis ciudades de Mytilene, Methymne, Ereso, Pyrra, Antissa y Arisbe. De esta especie de confederación, la principal ciudad fué Mytilene. Salieron de Lésbos grandes genios: Terpandro, Alceo, Safo, Arión, el sabio Pittacos, el historiador Helánico y el filósofo Teofrasto. En la historia griega se hizo célebre, en los primeros tiempos, por haber sido la cuna de la poesía lírica eólia.

les ondas, y embriagadas con las embalsamadas auras de mágicos pensiles, entonaron en siglos remotísimos los himnos sacros más melodiosos y patéticos, los cantos de amor más apasionados y tiernos y encendidos. ¡Celestiales sacerdotistas de la religión y del amor, cuya majestuosa hermosura reprodujo en mármoles y bronces el buril de los grandes artistas, cuyas vidas se relatan en leyendas interesantes y poéticas; cuya rara inteligencia y sublime, prodigioso númen, han celebrado con singular entusiasmo las almas elevadas y generosas de todos los tiempos y de todas las naciones!

## II

La isla hermosa de Lésbos venía siendo desde muy antiguo pátria adorada de las musas. Las tradiciones populares se complacían en referir que la lira y la cabeza del divino cantor Orfeo habían sido arrojadas por las Fúrias á las aguas caudalosas del Hébro, y que, arrastradas al mar por la corriente, habian llegado hasta las costas privilegiadas de la isla venturosa. Con esta bella fábula esta-

ba sin duda relacionado el piadoso culto que se rendia en el templo de Antissa: en él veneraban los lebenses un sepulcro que decían guardaba las preciosas reliquias del sublime cantor de Tracia, y á aquél culto religioso atribuían ellos las singulares facultades de que estaban dotados sus famosos músicos y poetas, y los incomparables atractivos de los ruiseñores, que anidaban en sus alegres hermosísimas florestas. En la risueña Lésbos, y en la misma ciudad de Antissa, vió su primera luz el singular Terpandro, el inventor celebrado de la *forminge*, melodiosa lira de siete cuerdas, el fundador del sistema musical de los griegos, el padre de aquella dulce y patética poesía lírica, que por muchos años debió resonar en torno del venerado monumento, que guardaba los restos del divino Orfeo. El fuego sacro de la poesía se conservó cuidadosamente por espacio de un siglo en la escuela musical del memorable maestro, hasta que en el siglo VII, antes de nuestra Era, comenzó á brillar con todo su radiante esplendor el génio de los hijos de Lésbos: edad dorada de la poesía y del arte eólico, en la que conquistaron también imperecedera gloria las bellísimas hijas de la Grecia antigua.

## III

Pertenecientes tal vez á la escuela órfica de la Antissa y ambos hijos quizá de la hermosa ciudad de Mytilene lucieron en esta época dos fúlgidos astros de la poesía: el fogoso poeta patriótico Alceo, vehemente enemigo de *los tiranos* de su pátria, y la inspirada Safo, la musa incomparable sobre cuyo espíritu excelso derramó el divino Apolo dones tan ricos, tan espléndidos y tan imperecederos como no los ha vuelto á conceder tal vez á ninguna mujer en el mundo.

La historia de esta mujer admirable de la antigüedad, ha llegado á nosotros adulterada por las más opuestas fábulas é interesadas leyendas. Para explicar, pues, el verdadero génio, carácter y rango de la celebrada poetisa, es preciso apuntar previamente algunas consideraciones acerca de la distinta condición que tenian las mujeres en las varias regiones de la clásica Grecia.

## IV

Las mujeres de raza jónica, en particular las atenienses, vivían confinadas, como las mujeres orientales, en la apartada *gyneconitis*, excluídas de toda intervención en las cosas del entendimiento, limitadas al estrecho círculo de las ocupaciones domésticas, habiendo perdido por completo aquella encantadora ingenuidad, aquella libertad amable que nos hace tan interesantes y simpáticas á las Helenas, á las Andrómacas y Náusicas de los poemas homéricos. La casa y la familia eran el único teatro de las mujeres de Atenas. La posición inferior limitada que en la Jonia asiática ocupaba el sexo débil por circunstancias particulares á la historia de esta raza, había llegado á ser la situación ordinaria de las bellas mujeres atenienses. Vivir en la oscuridad de la vida privada: esta era su misión única. La mejor de las mujeres, decía Pericles, es aquella de la que no nos ocupamos ni para bien ni para mal. Las que salían de esta triste oscuridad, las que adquirían alguna celebridad

por su hermosura ó por su génio, las Aspasias afamadas por su talento, eran miradas como mujeres de mal vivir, si lisonjeadas tal vez, en el fondo menospreciadas como impúdicas hetáiras. Las mujeres eólicas y dóricas, por el contrario, gozaban de más generosa libertad en sus costumbres. Las mujeres de Lésbos especialmente conservaron las antiguas ingénuas costumbres de la Grecia, tales como se nos pintan en la Mitología y en la epopeya. Concediendo á sus mujeres los habitantes cultos de aquella isla afortunada una parte activa en la vida social del hogar y en los regocijos públicos, les ofrecían por tan digna manera, ocasión de desplegar una individualidad original y un carácter moral, aprovechando aquellas mujeres ingeniosas los beneficios de la civilización, como los gozaban del propio modo las distinguidas matronas dóricas del Peloponeso y las hermosas mujeres de la Gran Grecia. La vida y la educación del bello sexo en Lésbos no se realizaba como en Aténas en la sola interioridad del hogar: en aquel bello centro de amable cultura aislado en las aguas del Archipiélago, mujeres aristocráticas de notable saber se rodeaban de un círculo encantador de jóvenes educandas, á la manera

que en Atenas un selecto plantel de jóvenes discípulos rodeaba al eminente filósofo que los iniciaba en los profundos secretos de su doctrina. Uno de estos centros de bella educación intelectual fué la casa de la renombrada *Musa de Lésbos*: y no debió ser la divina Safo la única ilustre lesbiana que se distinguiera en dar á sus jóvenes compatriotas la educación musical y poética, la cultura elevada del espíritu, y la dulce afabilidad de las maneras, que eran el objeto inmediato de aquellas tiernas asociaciones de jóvenes delicadas, libremente sometidas á la dirección intelectual y artística de matronas severas y respetables; además del celebrado nombre de la egrégia Safo, la historia nos ha conservado los de otras mujeres afamadas de distintos paises de Grecia, que se consagraron á aquel noble ejercicio de amigas institutrices ó *mathetrias*. Ella misma nos cita los nombres de Gorgo y Andrómeda sus rivales; y otros escritores nos han trasmitido los nombres de la milesia Anactoria, de Gongyla de Colofón, de Eunice de Salamina, de Grynna, de Atthis y de Mnasídica.

Vemos, pues, cuán opuesto era el papel que desempeñaban las famosas *mathetrias*, y en ge-

neral las educandas compatriotas de Safo, del que representaban las impúdicas y elegantes hetáiras de Atenas. Las mujeres instruidas ya hemos consignado que gozaban en la sociedad ateniense de una reputación nada envidiable: y esta es la clave sin duda de la triste adulteración que sufrió la historia legendaria de la sin par poetisa de Mytilene en la pluma de los escritores cómicos atenienses, que nos pintan como meretriz liviana á la *virgen púdica de dulce sonrisa*, cual la llama su apasionado compatriota y contemporáneo el gran lírico Alceo.

## V

La poetísa Safo fué, no obstante, el objeto de la general admiración de la sabia Grecia. El busto de la *décima musa*, así se apellidaba en sus tiempos, aparece grabado en las monedas antiguas de su patria: señal certísima de la alta celebridad que conquistó esta mujer inspirada, llamada también por los antiguos griegos *astro de Lésbos y faro de la poesía*.. Que sea Lésbos su patria ningún escritor antiguo

ni moderno lo ha puesto en duda; empero es más difícil decidir si fué natural de Eresos ó de Mytilene: tal vez, opina el sabio Müller, sería acertado recurrir á un prudente término medio, y suponer que de la más pequeña de estas dos ciudades vino la noble poetisa á establecerse en Mytilene, en el momento de llegar á su apogeo su talento soberano y magnífico. La vida de la inmortal Safo coincide con la de su compatriota y amigo el gran poeta Alceo, si bien fué más jóven y le sobrevivió hasta la olimpiada 58 (568 años antes de Jesucristo). Dignas de atenta meditación son las relaciones de esta mujer esclarecida con el eminente poeta político de su patria, pues en ellas se refleja, en nuestro sentir, claramente la condición y el carácter de la noble hija de Lésbos. Se hallaba empeñada en aquella sazón, en su patria, una lucha, general entonces en el mundo griego, entre la nobleza y las clases populares que debía sustituir á la antigua tiranía de los *eupatridas*, el predominio tiránico de la demagogia, para llegar al fin despues de sangrientas turbulencias á la constitución definitiva de una justa y pacífica democracia. Entre las escasas noticias auténticas que han llegado hasta nos-

otros acerca del insigne poeta Alceo, está fuera de toda duda la pasión ardiente que sintió por la célebre poetisa de su patria y la participación activa que tuvo en los sucesos políticos de su tiempo en favor de la aristocracia, habiéndole valido el destierro la conspiración vencida de la nobleza contra el rígido tirano Pittacos que había logrado sojuzgarla. Ahora bien, en cuanto á la vehemente pasión de Alceo por su sin par amiga Safo, encontramos de ella preciosos vestigios en los cantos del ilustre poeta y en los hermosos fragmentos de la musa lesbiana. Por otro lado sabemos de una manera evidente que hácia la olimpiada 46 (596 años antes de Jesucristo) se vió también la hermosa poetisa expulsada de su patria y obligada á embarcarse para Sicilia. Desde este punto nada puede asegurarse, con datos auténticos, acerca de la suerte de la ilustre escritora. ¿Pero será inverosímil atribuir su destierro, como opinan algunos críticos eminentes, á las miras políticas que motivaron el de Alceo y el de todos los que habían defendido la bandera abatida de los eupatridas? Su conocida intimidad con el poeta, el alto estilo y superior lenguaje de la noble poetisa y la delicadeza amable y exquisita de

sus sentimientos, hácennos conjeturar la superioridad de su rango y la identidad probable de sus pensamientos con los de aquellos egregios señores, conjurados en vano contra el tirano de su país. La egregia Safo fué, pues, una matrona excelsa y respetable. Es una impostura indigna haber hecho de la elevada matrona, de la respetable *mathetria*, de la celestial poetisa, una seductora *heláira* presa de la voluptuosidad y de erotismo impuro. En los preciosos restos de sus maravillas poéticas, encontramos nobles arranques de su alma, que la defienden de esta difamación injusta.— Su enardecido amante Alceo la significa en una de sus enamoradas odas «*que de buen grado la declararía sus deseos... si el rubor no le contuviera...*»—«*Si tus deseos se encaminasen, oh Alceo, á lo que es eternamente noble y bello*, le contesta la poetisa, *y si tu lengua no tuviera deseos de expresar una impureza, no se retrataría el rubor en tu mirada...: entonces expresarías con libertad lo que anhelas.*»—En otro pasaje censura ásperamente á su hermano Cháraxos el haber comprado por una crecida suma, en Náukratis, á la famosa cortesana Rhodopis ó Doricha y el haberla concedido la libertad en pago de sus lúbricas caricias. ¿Cómo podría

concebirse esta rigidez de la inmortal Musa de Lésbos si ella á su vez hubiera sido una impúdica hetáira sin honor? La conciencia inmaculada de la grave matrona, nacida libre y educada en la modestia, se alza airada contra los escándalos del hermano libertino, como antes la vimos contestar severa á las atrevidas insinuaciones del amante. Por fortuna, para defender la limpia gloria y el nombre esclarecido de la memorable poetisa, y como relevante testimonio de haber sido confundida, torpe ó maliciosamente, esta mujer ilustre de la Grecia con otra cortesana famosa del mismo nombre, han llegado hasta nosotros los retratos de las dos Safos nacidas en Lésbos (1).

Nada hay efectivamente en la vida de la célebre lesbiana que no la haga dignamente merecedora de la entusiasta apoteósis que de su genio sublime se ha venido haciendo al través de los siglos. Ya hemos indicado cómo pudo formarse en la antigüedad la falsa opinión que acerca de esta mujer celebrada se encuentra en algunos escritores griegos; ya hemos advertido préviamente que para el

(1) Visconti, *Iconographie grecque*, I, 30

pueblo ateniense una mujer que osaba disputar á los hombres el laurel concedido á los privilegiados de las musas, que revelaba al público sus íntimos sentimientos con esa ternura y esa libre ingenuidad de las mujeres eólicas... una mujer tal, era para los atenienses una desvergonzada sin costumbres, y como tal la ofrecieron sus escritores cómicos en la escena (1). Y ¿cómo hemos de maravillarnos de esta grave injusticia de la sociedad antigua, si después de numerosos siglos, y de haber proclamado la religión y el derecho la dignidad augusta de la compañera del hombre, si después de haber sido obsequiada en los ponderados tiempos caballerescos con un culto exageradamente idolátrico y proclamada reina en las lides del amor y de la poesía, todavía en nuestras educadas sociedades, las mujeres superiores en cuya frente arde con calor la divina llama del genio, si quieren seguir el rumbo que les traza la estrella polar

(1) Véase Otfried Müller... *Geschichte der griechischen Literatur*,—y el Suplemento del traductor francés Hillebrand, *Sur les poetes lyriques et sur la Musique*, t. III, p. 296.—Fr. G. Welcker, *Sappho von einem herrschenden Vorurtheil befreyt*. Gottingen, 1816.

de su destino, lo hacen á la contínua bogando en el mar de hiel de tristísimos dolores?

Los críticos modernos más profundamente conocedores de la civilización antigua de la Grecia, desde el sabio Müller hasta el docto Leo Joubert, han dedicado en nuestros tiempos eruditas disertaciones á las poetisas lesbianas, rechazando las odiosas acusaciones y envenenadas sátiras de los antiguos cómicos contra la noble Safo, y como fábulas marcadamente inverosímiles sus amores con el viejo poeta Anacreonte, la novelesca pasión por Faón y su célebre trágico fin en la roca de Léucade (1). Los esfuerzos generosos de todos estos amantes de la antigüedad en la culta moderna Europa, salvo alguna excepción extraña, se encaminan á vindicar la memoria de aquellas mujeres espirituales eolias, presentándonos á Safo como una educadora apasionada y ardiente (quizás hasta la sensualidad, como correspondía á una época y á un país delicioso, que miraba la belleza corpo-

(1) Müller opina que la supuesta pasión de Safo por Phaón está tomada de la leyenda de «Afrodita y Adonis,» asunto quizá de algún poema de Safo: lo cual pudo dar origen á que se la atribuyeran á la poetisa.

ral como símbolo del alma), de aquel grupo de jóvenes encantadoras, en las cuales se quería despertar con voluntad enérgica el sentimiento puro del ideal (1).

Por otro lado, el concepto erróneo que se ha tenido de las obras poéticas creadas en aquellos centros de artística cultura, ha contribuído á sostener la difamación de las bellas mujeres, que concurrían á las escuelas poéticas de Lésbos. Aquellas escuelas de música y de poesía pueden considerarse como una evolución ó desdoblamiento de la escuela órfica de Antissa: sus odas tiernas y melodiosas frecuentemente se dedicaban á Afrodita y al Amor: eran en verdad el asunto predilecto y casi único de los bellos cantos de las poetisas lesbianas. Este debió ser, por consiguiente, el carácter de la escuela célebre de Safo; pero incurriríamos en un grosero error, si considerásemos la escuela sáfica como una especie de deshonesta corte de amor, ó como una triste consecuencia de la repugnante depravación en las costumbres. Nada menos exacto: leamos la bella invocación á Vénus ó á Afrodita en el poema latino del inmortal Lucrecio, y en

(1) Véase Müller, II, 105.

ella encontraremos magníficamente expresada la religiosa veneración con que era mirada en la antigüedad esta deidad hermosa, considerada como el símbolo de la energía fecunda é incesante, que produce la generación y la vida. «¡Oh alma Vénus! (exclama el poeta) tú haces fecunda esta Tierra, colocada bajo los astros errantes, el navígero Mar y los fértiles campos; tú das la vida á todos los séres y por tí abren sus ojos á la fúlgida luz del sol. Ante tí se ahuyentan los vientos, las nubes del cielo se disipan; la Tierra despliega bajo tus plantas ricos tapices de matizadas flores, la superficie del Océano te sonríe, y el límpido Cielo derrama un torrente de clara luz. Apenas vuelven los hermosos días de la primavera, apenas el cautivo céfiro ha recobrado su hálito fecundo, y ya las aves que pueblan los aires anuncian tu presencia, agitados sus corazones por tus fuegos; los rebaños inflamados también triscan en las alegres praderas, y salvan, saltando, los rápidos arroyos: de tal manera, cautivados por tus encantos, seducidos por tu hermosura, todos los vivientes se afanan por seguirte á donde los lleva tu voluntad irresistible. En los mares, en las montañas, en las profundidades de los torrentes, en los espesos

sotos, en las verdes campiñas, tu dulce llama penetra los corazones, y anima á todas las razas en el deseo ardiente de perpetuarse... tú eres ¡oh Vénus! la única soberana de la Naturaleza, la creadora de cuanto existe, el manantial perenne de las gracias y de los placeres... tú sola puedes conceder á los mortales la dulce paz... hasta el sanguinario, armipotente Marte dobla en tu seno la cerviz enhiesta, y en tí fija la mirada insaciable, sin respirar, pendiente de tus labios...»

Afrodita no era por lo tanto la divinidad de las pasiones impuras, ni por este título era solo por el que la cantaban los dulces poetas de la antigüedad gentílica: en ella veían representada, como hemos dicho, esa fuerza de la Naturaleza poderosa é inagotable, que impulsa á amar á todos los séres, que anima y conserva la generación y por la cual se sienten subyugados «*hasta los mismos dioses:*» fuerza omnipotente que así engendra grandes y generosas pasiones como puede arrastrar en el exceso de la efervescencia á los crímenes más horrendos y á las acciones más impuras. La diosa de la hermosura era adorada con pasión en Lésbos, desde edades remotísimas, y á su culto se habían consagrado en el período

de la poesía hierática, y en calidad de sacerdotisas, graves matronas y vírgenes bellísimas. Cuando la poesía se despojó de las formas sacerdotales, apareciendo la oda armoniosa en la literatura del país, los coros de las mujeres lésbicas siguieron todavía eligiendo para asunto ordinario de sus himnos poéticos á la divina Afrodita y los Amores (1). Tal es el orígen de los poemas eróticos de las mujeres lesbianas. Por los restos preciosos que se han salvado de la sublime Safo y de sus discípulas celebradas, podemos cerciorarnos que en aquellos cantos tiernísimos arde el fuego de almas enamoradas, que respiran, si se quiere, ardiente libertad; pero que jamás degeneran en vergonzosa licencia, ostentando con frecuencia una severidad majestuosa.

## VI

Las divinas poesías líricas de Safo, que fueron pasmo y admiración del mundo antiguo, se dividieron por los eruditos y lexicógrafos

(1) Burnouf, *Littérature grecque,* I, 192.

en *nueve libros* y atendiendo más bien á la forma métrica que al asunto de los poemas: así en el primer libro se contenían las odas en estrofas sáficas (1), en el segundo los poemas en verso alcáico, y de análogo modo los restantes. Pero el plectro de Safo recorrió todos los tonos de la lira con una gracia y una ternura que jamás ningún poeta ha unido á tanta vehemencia, ni á una pasión tan conmovedora. Ella entonó *himnos religiosos* sublimes; encendidas *canciones amorosas;* sentidas *elegías;* y sobre todo, hermosísimos *epitalamios*, que se repitieron con entusiasmo por todas las regiones de la Hélada. De todo aquel rico tesoro de poesía solo dos bellísimas odas podemos avalorar, que justifican plenamente el entusiasmo de los antiguos por esta mujer extraordinaria, cuyos versos melodiosos eran comparados por Plutarco «*con los oráculos que pronuncia la Pytonisa cuando el dios se apodera de ella y habla por su boca.*»

---

(1) Schoell, *Littérature grecque*, I, 206. Los fragmentos de Safo, *quæ existant*, fueron publicados con el mayor esmero por Wolf.—Londres, 1735. La edición más notable es la «Blomfield,» que se encuentra en el vol. 1 del *Museum criticum of Cambridge clasical researches*, 1814.

Las dos piezas que se han salvado de la hermosa poesía sáfica, son: la oda á Vénus, conservada por Dionisio de Halicarnaso, y otra oda, tal vez incompleta, citada por el famoso retórico Longino. En la *oda á Vénus* irradia el fuego de una pasión ardiente, la poetisa nos hace sentir en ella la borrasca que agita su alma conturbada y delirante, y pide con una ternura infinita, con una aflicción conmovedora, que venga en su auxilio la divina Afrodita.

### ODA Á VENUS (1)

Hija de Jove, sempiterna Cipria
varia y artera, veneranda diosa
oye mi ruego; con letales ansias
no me atormentes.
Antes desciende como en otro tiempo
ya descendiste, la mansión del Padre

(1) Traducción del helenista D. José Castillo y Ayenza.—Estas traducciones reflejan muy pálidamente el hermoso colorido del original griego. Ni Philips, ni Boileau, ni Delille, ni ninguno de los poetas modernos que han ensayado la versión de estos bellos fragmentos, han logrado llevar á sus traducciones el fuego que late en las ardientes estrofas de la poetisa lesbiana.

por mí dejando, mis amantes votos
        plácida oyendo.
Tú al áureo carro presurosa uncías
tus aves bellas y á traerte luego
de sus alitas con batir frecuente
        prestas tiraban.
Ellas del Cielo por el éter vago
raudas llegaban á la tierra oscura
y tú, bañando tu inmortal semblante
        dulce sonrisa;
¿Cuál es tu pena, tu mayor deseo
cuál, preguntabas? ¿Para qué me invocas?
¿A quién mis redes, ¡oh, mi Safo! buscan?
        ¿Quién te desprecia?
¿Húyete alguno? Seguiráte, presto.
¿Dones desdeñas? Te dará sus dones.
¿Besos no quiere? Cuando tú le esquives
        ha de besarte.
Ven, y me libra del afán penoso;
ven, cuanto el alma conseguir anhela
tú se lo alcanza, y á mi lado siempre,
        siempre combate.

Observemos que la pudorosa Safo no se arroja en brazos de su amado, dirigiéndole sus versos para tornar al joven esquivo en amante apasionado. Alma delicada, sensible y melancólica pide al cielo, á la divinidad que preside en estas tempestades del alma, que

venga á mitigar su dolor como en otras ocasiones la había consolado con el bálsamo dulce de tranquilizadoras esperanzas. La composición de la poetisa eólia conservada por Longino como ejemplo precioso del sublime poético, es tal vez en su género la más notable de la lírica antigua, pues acaso ninguna poesía en la civilización antigua ni en la moderna ha presentado los síntomas de la pasión desastrosa del amor ó de los celos, con vigor tan poderoso y concentrado. Todos los críticos convienen en que es de lo más bello, encantador y expresivo que en el arrebato lírico de una pasión amorosa ha producido el espíritu humano.

## ODA (1)

Igual parece á los eternos dioses
quien logra verse frente á tí sentado:

(1) Traducción de D. Marcelino Menéndez.—Esta oda la intitulan generalmente *A la muy amada.* Pierron opina que debe titularse *Al muy amado.* Otfredo Müller ve en esta oda un ejemplar precioso de aquella pasión exaltada, de aquel tono vehemente propio de las pasiones.

feliz si goza tu palabra suave,
suave tu risa.
A mí en el pecho el corazón se oprime
solo en mirarte; ni la voz acierta
de mi garganta á prorrumpir; y rota
calla la lengua.
Fuego sutil dentro mi cuerpo todo
presto discurre: los inciertos ojos
vagan sin rumbo: los oídos hacen
ronco zumbido.
Cúbrome toda de sudor helado:
pálida quedo cual marchita hierba;
y ya sin fuerzas, sin aliento, inerte,
muerta parezco.

.......................................

El fuego abrasador que derrama la musa de Lésbos sobre las flores de su poesía (ha dicho un escritor ilustre) sirve como en el amianto: para hacerlas más puras y brillantes. ¿Cómo extrañarnos de la general admiración de los antiguos hácia este ingenio divino y de que los modernos hayan participado del mismo entusiasmo, á pesar de haber llegado á nosotros las bellísimas concepciones de la poetisa en tristes aunque magníficas ruinas? El fecundo autor de las Metamórfosis le consagró una de sus bellas Heróidas; el tierno Catulo y el inspirado Cisne de Venusa se afanaron por

imitarla. Todos los grandes humanistas se han complacido en dedicar un recuerdo de admiración á la tierna musa de Lésbos; sabios filólogos (1) de todas las naciones se han consagrado con amorosa solicitud á disipar las leves nubes con que se ha pretendido oscurecer la brillante fama de la ilustre griega; justificando unánimes, antiguos y modernos, la exclamación memorable del sabio Solón cuando ya al borde del sepulcro oía recitar á un nieto suyo unas hermosísimas estrofas de Safo: *No quisiera morir sin haber aprendido de memoria esa encantadora poesía.*

## VII

En torno de aquella alma enamorada y poética vibraba las cuerdas de sus liras de oro una pléyade de vírgenes hermosísimas. Una de sus amigas, la panfiliana Dahnáfila, compuso para el culto indígena de la Artemis de

(1) Bergk, *Poetæ lyrice græci*, 1853.—Welcker, *Kleine Schriften*, 1860.—Bernhardy, *Grundriss der Griechischen Litteratur*, 1854.—Kochly, *Ueber Sappho*, 1859.—Kock, *Alkaos und Sappho*, 1862.

Perga un himno en estilo eólico celebrado por Filostrato. Además de esta poetisa compartían la tierna amistad de Safo, Anágora, Anactoria, Andrómeda, Atthis, Cydno, Eúnica, Erinna, Góngyla, Megara, Telisippa, irradiando por todos lados el color y la luz poética en este amable círculo de hermosas mujeres griegas. Pero la discípula más amada de Safo fué la sublime *Erinna*. ¡Ah! la vida de esta celebrada cantora se halla irrevocablemente sepultada en el olvido. Se la ha dado por cuna á Rodas, Lésbos, Télos cerca de Gnido, y Ténos en el Peloponeso. Las historia nada nos dice sobre la vida de la bella poetisa; pero podemos leer graciosos pormenores acerca de ella en los cantos de sus compatriotas... «Ved á Erinna sentada, niña aún vírgen, bajo la severa autoridad de una madre temida, teniendo en las manos la rueca y el huso y tejiendo la tela. Con todo, los hilos se enredan sin que ella piense desenmarañarlos; mientras que en silencio, jóven abeja del monte Pierio, elabora la miel de sus versos.» Agostóse en edad temprana aquella preciosa existencia. Murió á los diez y nueve años. Las musas decían «que mientras cojía flores, el dios de la muerte la tomó, aún niña, para el dulce hi-

meneo.» «¡Oh *Erinna!* mientras tú dabas á luz tu primavera de himnos, dulces como la miel de las abejas, la Parca te arrebató hácia Aqueronte.» El único canto que podemos aún hoy admirar de esta hija privilegiada de las musas, es la oda «*A la Fuerza*» *(Es Romeen)* mirada, no sin razón por los apasionados del arte clásico, como una de las más enérgicas inspiraciones de la lírica eólica.

Al interpretar en nuestra lengua el intrépido pensamiento que encierra esta preciosa endecha, hemos sentido helarse su entonación en nuestros lábios. Pálida y débil presentamos á nuestros lectores una imperfecta copia de tan precioso canto, seguros de que los que conocen la divina lengua de Píndaro y de Tirteo se reservarán la dicha de leer sus atrevidos versos en el inimitable modelo.

## A LA FUERZA

Salud, oh hija del divino Marte,
la del casco de oro, de héroes reina,
habitante del firme, augusto Olimpo
sobre la tierra.
Solo á tí concedió la vieja Parca

de eterno señorío fama régia,
y la excelsa pujanza con que en todos,
señora, imperas.
Los pechos de la mar y tierra oprimes
bajo el yugo potente de tus riendas,
el freno con que á pueblos y naciones
fuerte gobiernas,
El poderoso tiempo lo trasforma
y cambia todo en formas mil diversas:
solo el viento propicio de tu mando
jamás altera.
Tú la Deidad que ocultas en tu seno
á los hijos temibles de la guerra,
y apiñados, á luz los das, cual Céres
la mies engendra.

¡Ah! magnífica invocación al génio destructor de la Fuerza, que reduce los imperios á polvo, que ve hundirse al empuje poderoso de su brazo mil y mil naciones y solo él impávido y potente á todos los aniquila y avasalla! La tierra y el mar aguijoneados por este Númen desolador y terrible, se le conjuran tal vez altivos é impacientes; pero él tiene encadenados sus pechos bajo el yugo poderoso de sus riendas. La Fuerza armipotente, fluctuando siempre inextinguible sobre el borrascoso piélago de la vida humana, jamás se hace infecunda. Sus hijos se multiplican «como las

haces en el campo de Céres,» ¡valiente imágen para significar los infinitos, inacabables elementos que minan el sosiego y la paz, que podría hacer dichosas á nuestras desventuradas sociedades! ¿Es una mujer la que cantó estas estrofas valientísimas? Tal es nuestra pregunta siempre que recitamos tan bellísima oda y sentimos levantarse nuestra alma en fuerzas de su virilidad.

## VIII

Fuera de estas preciosas joyas de la literatura eólica solo nos quedan ruinas mutiladas del repertorio poético de las afamadas hijas de Lésbos. Mas no pueden leerse sin profunda conmoción, sin amarga pena, estas composiciones incompletas, estos cantos lastimosamente rotos y destrozados, en los cuales á pesar de todo resplandece todavía ese ardor poético vigoroso, y ese vuelo rápido que tanto enaltece la hermosa lírica de los griegos. ¡Cuánto daríamos por poder admirar aún en nuestros tiempos aquellos hermosos epitalamios que tanta gloria dieron á la ilustre Safo!

¡con qué celestial ternura no celebraría la divina poetisa la casta unión de los esposos, ella que había, aunque efimeramente, gozado en la dorada edad de las ilusiones, de las dulzuras del tálamo nupcial, y que poseía además aquella alma superior y excelsa capaz de apreciar las grandezas de espíritu del hombre y las ternuras infinitas de la mujer!

FIN.

# ÍNDICE

# BIBLIOTECA ANDALUZA

DIRIGIDA POR

## A. LUIS CARRIÓN Y H. GINER DE LOS RIOS

---

Van publicados los siguientes volúmenes:

### 1.ª serie

1.—I *Ni franceses ni prusianos.* (Anónimo.)
2.—II *Gibraltar*, por Antonio Fernández García.
3.—III *El libro de las madres*, por Cándido Salas.
4.—IV *Málaga contemporánea*, por A. Jerez.
5.—V *Los temblores de tierra*, por C. Martínez.
6.—VI *Poesías de Rios Rosas*, con su biografía.
7.—VII *La cueva del tesoro*, por E. J. Navarro.
8.—VIII *La guerra*, por Santiago Casilari.
9.—IX *Un hombre de corazón*, por A. L. Carrión.
10.—X *Un hombre de corazón* (t. II).

### 2.ª serie

11.—I *Sociedades cooperativas*, por el Excelentísimo Sr. D. Manuel Pedregal y Cañedo, exministro de Hacienda.

12.—II *Leyendas y tradiciones*, por el Sr. D. Eugenio Olavarría y Huarte, exprofesor de la Academia militar.

13.—III *Economía política para principiantes*, por Mrs. Fawcett, traducción directa del inglés, por S. Innerarity, con un prólogo del Ilmo. Sr. D. Gumersindo de Azcárate, diputado y catedrático de la Universidad central.

14.—IV *Filipinas*, noticias de viaje y estancia, por el malogrado regente de la Audiencia de Manila, Ilmo. Sr. D. José Fernández Ginér, con un prefacio del Excmo. Sr. D. Luis de Rute, diputado á Cortes.

15.—V *Economía política para principiantes.* (Tomo II y último.)

Para los suscritores, UNA PESETA.
Para el público, UNA Y CINCUENTA CÉNTIMOS.